

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

FUNDADA POR
DÁMASO ALONSO
II. ESTUDIOS Y ENSAYOS, 437

© LUIS EGUREN Y OLGA FERNÁNDEZ SORIANO
© EDITORIAL GREDOS, Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004
www.editorialgredos.com

Diseño gráfico e ilustración:
Manuél Janeiro

Depósito Legal: M. 34702-2004
ISBN 84-249-2724-9
Impreso en España. Printed in Spain
Encuadernación Ramos
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2004

LUIS EGUREN
OLGA FERNÁNDEZ SORIANO

INTRODUCCIÓN A UNA SINTAXIS MINIMISTA


GREDOS

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

PRESENTACIÓN

Si nuestro campo de estudio permanece estable, seguirá habiendo misterios.

(Noam Chomsky)

Se ha dicho en más de una ocasión como crítica de la lingüística chomskiana¹ que esta escuela pone cada pocos años en circulación una nueva teoría que apenas guarda relación con las teorías que la preceden en el tiempo. Pues bien, el libro que el lector tiene entre sus manos es una introducción a las ideas y los análisis concretos de la última de estas teorías supuestamente efímeras y rupturistas, el llamado «Programa Minimista», un conjunto articulado de propuestas sobre el lenguaje y las lenguas que empezó a adquirir forma a finales de los años ochenta y principios de los noventa y sigue desarrollándose hoy en día.

Resulta, de todos modos, sorprendente que una afirmación como la que abre esta presentación se pueda hacer como un reproche. En el terreno de las ciencias de la naturaleza, una teoría que nunca se modi-

¹ Nótese que la expresión «lingüística chomskiana» hace referencia a las propuestas de Noam Chomsky y de los lingüistas que comparten sus ideas sobre el lenguaje y no debe confundirse con el término «gramática generativa». La lingüística chomskiana es tan solo una de las ramas de la gramática generativa. Este será, por tanto, un libro sobre la evolución de la lingüística chomskiana, y no de la gramática generativa en su conjunto.

fica despierta sospechas. Pero además, y esto es lo más importante, el contenido de esta afirmación no se ajusta a los hechos: ni han sido tantas las teorías, ni los cambios han afectado, aun siendo importantes, a los fundamentos del pensamiento lingüístico de Chomsky.

En realidad, a lo largo de los ya casi cincuenta años de historia de la lingüística chomskiana tan solo ha habido dos modelos gramaticales distintos, entendiendo por modelo la manera de caracterizar el conocimiento que los hablantes tienen de su propia lengua: el modelo reglar de la Teoría Estándar y el modelo basado en principios de la Teoría de los Principios y los Parámetros. En el Programa Minimista se formulan, como veremos, preguntas inéditas y se analizan los fenómenos lingüísticos desde una nueva perspectiva, pero, al igual que en la Teoría de los Principios y los Parámetros, el conocimiento gramatical no se caracteriza por medio de reglas particulares de cada lengua, sino como la interacción de principios universales con las propiedades del léxico que se proyectan en la sintaxis. En este sentido, el Programa Minimista ha de concebirse como una extensión de la Teoría de los Principios y los Parámetros, y no como un modelo gramatical autónomo *sensu stricto*.

En el paso de un modelo a otro, o de una etapa a otra dentro del mismo modelo, se han producido, sin duda, cambios muy importantes, pero los fundamentos del pensamiento lingüístico de Chomsky han permanecido, como hemos dicho, intactos. ¿Cuáles son, se estará preguntando el lector, las ideas no revisables sobre las que se asienta esta corriente de la lingüística?, ¿cuál es su «centro firme», en expresión del filósofo de la ciencia Imre Lakatos? El propio Chomsky responde a esta cuestión en algunos de sus artículos más recientes: el «núcleo duro» de la lingüística chomskiana lo constituye su concepción internista y naturalista del lenguaje, esto es, la idea de que las lenguas son estados (relativamente estables) de la mente de los individuos que pueden y deben ser investigados de la misma manera en que se estudian los objetos del mundo.

La existencia de este centro firme explica algunas de las constantes de la lingüística chomskiana, como, por ejemplo, el hecho de que

desde *Aspectos de la teoría de la sintaxis* hasta el Programa Minimista el objeto de estudio haya sido siempre el mismo, la facultad del lenguaje (o Gramática Universal) y las gramáticas mentales (o «lenguas-I»), y que las propiedades de estos «órganos mentales» se hayan descrito utilizando invariablemente estrategias propias de la investigación científica, como el uso de idealizaciones metodológicamente deseables, la formulación de hipótesis predictivas y falsables o la adopción de criterios de simplicidad para evaluar teorías y propuestas alternativas. El internismo y el naturalismo chomskianos nos permiten entender también, en nuestra opinión, los principales cambios que han tenido lugar en el paso de la Teoría Estándar a la Teoría de los Principios y los Parámetros y de esta última al Programa Minimista. La Teoría de los Principios y los Parámetros nació hace ya más de veinte años con el propósito de encontrar una solución para el llamado «problema lógico de la adquisición del lenguaje» (¿cómo es posible que el niño que aprende una lengua desarrolle en su mente un sistema sumamente elaborado a partir de los datos lingüísticos empobrecidos que percibe en su entorno?). Perseguir un objetivo como este es una consecuencia lógica del internismo naturalista chomskiano, ya que, si se piensa que las lenguas son órganos mentales, debe interesarnos saber también cómo se desarrollan dichos órganos en la mente de los individuos, para así describir mejor sus propiedades. El Programa Minimista, por su parte, como veremos con detalle en este libro, pretende responder a dos preguntas, la primera de ellas sin precedentes en los estudios del lenguaje: (a) ¿hasta qué punto está bien diseñado el lenguaje en tanto que sistema computacional que entra necesariamente en contacto con los sistemas de actuación de la mente, unos sistemas que deben poder interpretar, o «leer», la información generada por el sistema cognitivo lingüístico? y (b) ¿hasta qué punto podemos caracterizar las propiedades de las gramáticas mentales y de la facultad del lenguaje utilizando tan solo principios, operaciones, niveles o símbolos que sean absolutamente imprescindibles? Plantearse estas preguntas, como hace el Programa Minimista en su vertiente sustantiva y en su vertiente metodológica, respectivamente, solo tiene

sentido dentro de un marco internista y naturalista en el que se considere que las lenguas constituyen sistemas cognitivos y se dé por sentado que las mejores teorías, en igualdad de condiciones, son las teorías más simples. El actual desarrollo de la lingüística chomskiana se puede muy bien concebir, por tanto, como una profundización en los presupuestos internistas y naturalistas que en todo momento han caracterizado a esta corriente de la lingüística.

Esta manera de entender el Programa Minimista, y el hecho de que se trate de una extensión de la Teoría de los Principios y los Parámetros, justifica el contenido de este libro y su distribución en tres capítulos independientes. En el primer capítulo, exponemos las claves de una concepción del lenguaje como propiedad de la mente y como objeto del mundo natural, reseñamos las ideas que de manera invariable ha sostenido Noam Chomsky con respecto a las cuestiones de las que se ocupa una teoría del lenguaje internista y naturalista y contamos a grandes rasgos la historia de los principales cambios que se han producido en la lingüística chomskiana. El segundo capítulo está dedicado a la Teoría Estándar y a la Teoría de los Principios y los Parámetros y en él se describe cómo se han caracterizado en ambos modelos las propiedades de la Gramática Universal y de las gramáticas mentales de los hablantes, con el fin de poder comparar las ideas generales y los análisis concretos de estos dos modelos con las ideas y los análisis del Programa Minimista y comprobar, así, lo que este tiene de novedoso. En el tercer capítulo, el capítulo central del libro, exponemos los fundamentos del Programa Minimista y revisamos algunas de las propuestas minimistas más importantes sobre cuatro aspectos fundamentales del estudio de las lenguas naturales: el modelo de gramática, la formación de frases o estructura de constituyentes, la propiedad del desplazamiento (esto es, el hecho de que las unidades lingüísticas se pronuncien a menudo en posiciones distintas de aquellas en las que se interpretan semánticamente) y la variación paramétrica. En todos los casos nuestro principal objetivo será ilustrar el «espíritu minimista», un estilo de investigación con el que se intenta descubrir las condiciones de legibilidad que los sistemas de actuación de la

mente imponen sobre el sistema cognitivo lingüístico y se busca reducir al máximo los mecanismos analíticos de que dispone la teoría.

No quisiéramos terminar esta presentación sin mostrar nuestro agradecimiento a Heles Contreras, José Manuel Igoa, Luisa Martín Rojo, Amaya Mendikoetxea, José Portolés, María Luisa Rivero, y muy en especial, a Violeta Demonde por haber leído pacientemente, en parte o en su totalidad, el manuscrito de este libro y habernos hecho críticas y sugerencias muy acertadas sobre su forma y su contenido que han contribuido a mejorar notablemente el texto. Las malas interpretaciones y los errores que aún deban ser subsanados se han de atribuir exclusivamente a la tozudez, el descuido o la ignorancia de los autores. Quede también constancia de que este libro ha sido parcialmente financiado gracias a la subvención al proyecto «La variación gramatical: variación micro y macroparamétrica en la morfología y la sintaxis» (BFF2000-1307-C03-02).

CAPÍTULO 1

EL ÓRGANO MENTAL DEL LENGUAJE

1.1. INTERNISMO Y NATURALISMO METODOLÓGICO

A veces se ha caracterizado a la lingüística chomskiana como un paradigma revolucionario, en términos de la teoría de Kuhn sobre la evolución de la ciencia¹. Chomsky, sin embargo, se muestra escéptico con respecto a los cambios de paradigma, incluso en las ciencias naturales², y por lo que se nos alcanza, nunca ha percibido el impacto de su obra de esta manera. Más bien suele insistir en que sus propuestas retoman y reformulan los postulados de la tradición racionalista del pensamiento occidental y en que sus trabajos sobre el lenguaje pueden, y deben, compaginarse con otras investigaciones, como aquellas que se ocupan de las relaciones entre el lenguaje y la sociedad, o las que tratan de descubrir cómo están materializadas las capacidades lingüísticas en el cerebro.

¹ Cf., v.g., Searle (1972).

² En opinión de Chomsky, tan solo las ideas de Newton y de Einstein provocaron un auténtico cambio de paradigma científico (para este autor, ni siquiera la teoría de la evolución de Darwin, por demasiado obvia, sería un paradigma en sentido estricto) (cf. ciclo de conferencias impartido en la Cátedra Ferrater Mora, Gerona, 1992).

Si, en lugar de la Teoría de los Paradigmas Científicos de Thomas S. Kuhn³, tomamos como metodología los Programas de Investigación de Imre Lakatos⁴, la interpretación de la obra de Chomsky es otra. Lakatos resalta la rivalidad prolongada entre grandes alternativas teóricas y no excluye ni la reaparición de ideas aparentemente superadas, ni la complementariedad entre teorías. Supongamos, entonces, con Piattelli-Palmarini (1979), que la lingüística chomskiana constituye un programa de investigación lakatosiano y que, como tal, gira alrededor de un «centro firme», se asienta sobre unos supuestos básicos (provisionalmente) irrefutables. Pues bien, el centro firme del programa de investigación chomskiano queda recogido de manera afortunada por medio de la metáfora en la que se equipara el lenguaje con un «órgano mental»⁵, una imagen muy querida por Chomsky que combina las dos hipótesis básicas que han articulado su pensamiento durante décadas: las lenguas son estados (relativamente estables) de la mente de los individuos, y las capacidades mentales son sistemas biológicos.

Tal vez con la finalidad de evitar la falta de precisión de expresiones tradicionales tan cargadas de connotaciones como «mentalismo no dualista» o «psicologismo fisicalista», Chomsky hace uso de los términos «internismo» y «naturalismo», especialmente en la década de los 90, para referirse a su concepción del lenguaje como un órgano mental. Así, desde una perspectiva internista, el lenguaje sería, antes de nada, una facultad de la especie y una propiedad de la mente de los individuos, y no algo externo a la mente o al código genético (un conjunto de enunciados o un código compartido, por ejemplo). En consecuencia, si el lenguaje es un fenómeno interno, genético y mental, y si se desecha, como parece inevitable, el dualismo sustancial cartesiano, el lenguaje no puede ser tratado entonces sino como un objeto real, en este caso, como un órgano o un sistema biológico, que,

³ Cf. Kuhn (1962).

⁴ Cf. Lakatos (1970).

⁵ Cf., v.g., Chomsky (1975a, 1980a), Piattelli-Palmarini (1979).

como el resto de los objetos del mundo, puede y debe ser estudiado de manera naturalista, es decir, de la manera en que ciencias naturales como la biología o la física estudian el mundo. Quizás convenga, no obstante, hacer dos precisiones al respecto ya en este momento. Por un lado, evidentemente, el naturalismo chomskiano no excluye otras maneras de ver el mundo: en palabras del propio Chomsky, «alguien que lleve a cabo investigaciones naturalistas puede creer, sin caer en una contradicción, que aprendemos más cosas de interés sobre cómo piensa, siente y actúa la gente estudiando historia o leyendo novelas que a partir de lo que nos enseñan todas las investigaciones naturalistas»⁶. Por otro lado, el naturalismo chomskiano es metodológico, y no metafísico (u ontológico)⁷, o lo que es lo mismo, el estudio tanto del lenguaje como de las demás facultades cognitivas —la visión, la capacidad numérica, la capacidad de razonamiento, etc.—, deberá ser abordado utilizando la lógica y los procedimientos de las ciencias naturales, pero sin tener por qué asumir necesariamente el mandato ontológico de que las unidades, las operaciones y los principios que describen la estructura y el funcionamiento de los órganos de la mente deban ser eliminados en favor de unidades, operaciones y principios propios de las ciencias naturales, al menos estratégicamente, mientras se desconozca en qué consiste exactamente la materia⁸.

Cuando se aísla el «centro firme» del programa de investigación chomskiano, la adopción de un enfoque internista y naturalista con respecto al lenguaje, la impresión de estar asistiendo continuamente a giros bruscos, y hasta caprichosos, que a veces producen las propuestas de Chomsky (y de los lingüistas de su entorno) desaparece, y percibimos, por el contrario, un panorama coherente, extremadamente coherente incluso. Trataremos de ilustrar más adelante, en los apartados 1.2. y 1.3. de este capítulo, cómo la permanencia de este centro

⁶ Cf. Chomsky (1995b: 28).

⁷ Cf. Chomsky (1994b: 126 y ss.; 1994c: 39-41).

⁸ En el §1.2.4. expondremos con más detalle la posición de Chomsky con respecto al llamado «problema mente-cuerpo».

firmes nos proporciona las claves para entender tanto las constantes de la lingüística chomskiana, como los cambios que han tenido lugar desde *The Logical Structure of Linguistic Theory* (1955) hasta el actual Programa Minimista. En este apartado, expondremos los fundamentos de una concepción internista y naturalista del lenguaje.

1.1.1. EL LENGUAJE COMO PROPIEDAD DE LA MENTE

1.1.1.1. *El problema de Descartes y el problema de Platón*

Con la idea de que el lenguaje es, por encima de todo, una propiedad de la mente y una facultad de la especie, Chomsky trata de dar cuenta de «dos observaciones básicas y relevantes»⁹ con respecto al lenguaje y las lenguas: en primer lugar, los hablantes usan habitualmente el lenguaje de manera creativa, produciendo y entendiendo oraciones que nunca antes habían dicho ni oído y, en segundo lugar, los niños que adquieren su lengua materna acaban teniendo un conocimiento lingüístico que supera con creces lo que han podido aprender tan solo a partir de lo que han escuchado.

Se refiere Chomsky en ocasiones a la primera de estas observaciones como el «problema de Descartes», en honor al filósofo francés, quien emplea el uso creativo del lenguaje en su *Discurso del Método* (parte V) como una prueba para distinguir a los seres humanos de otros organismos parlantes (sean estos monos, loros o artefactos). Ahora bien, el problema del aspecto creativo del uso del lenguaje es bastante más complejo de como lo hemos formulado hasta ahora, ya que el uso corriente del lenguaje es creativo, en realidad, en tres sentidos diferentes¹⁰.

⁹ Cf. McGilvray (1999).

¹⁰ Entre las referencias al problema del aspecto creativo del uso del lenguaje en la obra de Chomsky véase, v.g., Chomsky (1955/75: 576; 1965: 8-10; 1966; 1968: 33-34, y más recientemente 1994c: 36).

(a) los hablantes tienen la capacidad de producir y entender un número potencialmente infinito de expresiones nuevas;

(b) sus producciones lingüísticas no responden de manera uniforme a los estímulos, esto es, no se da una correlación uno a uno entre lo que el hablante dice y sus circunstancias externas o internas; y

(c) lo que dicen los hablantes es, en general, coherente y apropiado a la situación, a las circunstancias en las que se produce el acto de habla.

En opinión de Chomsky, tan solo en el primero de estos tres sentidos —lo que se conoce como propiedad de la productividad o infinitud discreta—, la creatividad en el uso corriente del lenguaje es susceptible de ser estudiada de manera naturalista (se trataría de un «problema» para el que se puede encontrar una solución). Las otras dos facetas de la creatividad en el uso del lenguaje, la independencia con respecto a los estímulos y la coherencia con el contexto, constituyen, para Chomsky, «misterios», es decir, enigmas que quedan fuera del alcance de nuestras mentes, al menos desde una perspectiva naturalista (véase el §1.2.3.). Sea como fuere, lo que por ahora nos interesa resaltar es cómo surge el enfoque internista chomskiano en tanto que respuesta al «problema de Descartes». La cuestión se puede plantear como sigue: si la observación con respecto al aspecto creativo del uso del lenguaje es, como parece ser el caso, correcta, la mente humana no puede ser concebida entonces como una mera «caja negra» desprovista de contenido, que se limita a percibir y producir estímulos lingüísticos; ha de funcionar necesariamente como una «potencia activa» cuya contribución resulta trascendental para que podamos emitir y comprender infinitos enunciados que nunca antes habíamos oído a nuestro alrededor. Debe existir, por tanto, un conocimiento lingüístico mental, interno. Las lenguas deben estar localizadas, literalmente, en las mentes de los individuos. Más en concreto, la única explicación plausible para el hecho crucial de que los hablantes sean capaces de producir un número ilimitado de oraciones nuevas es suponer que conocen un número finito de unidades lingüísticas y que saben, además, cómo combinarlas.

La segunda «observación básica y relevante» que interesa desde siempre a la lingüística chomskiana es la versión lingüística del «problema de la pobreza del estímulo» (o «problema de Platón»). Se trata de un problema central para toda epistemología de corte racionalista que, en palabras de Russell que Chomsky gusta de citar a menudo, podría formularse de la siguiente manera: ¿Cómo es posible que los seres humanos, cuyos contactos con el mundo son breves, personales y limitados, sean, no obstante, capaces de saber tanto como realmente saben? (¿cómo es posible, por ejemplo, que los seres humanos tengan el concepto de triángulo perfecto cuando no existen triángulos perfectos en el mundo real?). La respuesta racionalista a este problema es harto conocida: la manera de resolver la paradoja de que nuestras ideas sean ricas y abstractas, frente a la pobreza de los estímulos que percibimos por nuestros sentidos, es suponer que, en buena medida, dichas ideas son innatas.

En su versión lingüística, el «problema de Platón» adopta la forma del llamado «problema lógico de la adquisición del lenguaje»: ¿cómo es posible que el niño que aprende su lengua materna llegue a poseer un conocimiento lingüístico extremadamente estructurado a partir de experiencias lingüísticas confusas, limitadas e, incluso, inexistentes? (véase el §1.2.2.1)¹¹. Chomsky resuelve el problema lógico de la adquisición del lenguaje ajustándose a los cánones de la tradición racionalista. Afirma que la distancia que media entre el conocimiento lingüístico del niño que ha aprendido una lengua y su experiencia lingüística se salva si suponemos que una facultad del lenguaje innata (esto es, una Gramática Universal con un contenido rico y específico) interactúa con la experiencia lingüística para producir el conocimiento lingüístico de los individuos. El lenguaje sería, por tanto, en esen-

¹¹ Desde sus primeros trabajos considera Chomsky que el verdadero problema para toda teoría lingüística es dar cuenta de cómo adquieren los niños su lengua materna (cf., v.g., Chomsky, 1955/75: 13; 1959: 577; 1964: 115 y ss.; 1965: 25-57 y ss.; 1968: 135 y ss.).

cia, una propiedad del código genético, es decir, un objeto interno a los seres humanos en tanto que miembros de la especie.

Ahora bien, la idea de que el lenguaje y las lenguas son parte del organismo —la propuesta internista— no es aceptada, ni mucho menos, de manera unánime: para no pocos lingüistas y filósofos del lenguaje, las lenguas son, como veremos a continuación, realidades externas a los individuos.

1.1.1.2. *La ontología de las lenguas*

Todas las teorías lingüísticas presuponen alguna concepción sobre la naturaleza de su objeto de estudio (i.e., sobre la ontología del lenguaje y de las lenguas), la hagan o no explícita. En este sentido, atendiendo a la relación que existe entre los hablantes de una lengua y la lengua que estos hablan, se puede trazar una clara línea divisoria entre teorías internistas y teorías externistas del lenguaje. Como ya sabemos, una teoría internista del lenguaje es aquella que sostiene que las lenguas son estados (relativamente estables) de la mente de los individuos. Por el contrario, para las teorías externistas, una lengua existe con independencia de los hablantes, bien como un conjunto de enunciados, bien como una práctica social¹². Chomsky ha criticado ambas concepciones externistas del lenguaje en distintas ocasiones a lo largo de los años. Veamos con qué argumentos.

Para el estructuralismo norteamericano y la psicología conductista de la primera mitad del siglo xx, una lengua no se localiza en la mente de los individuos. Las lenguas son colecciones de enunciados o actos de habla (sucesos externos, «ondas sonoras o marcas de tinta» a

¹² Una tercera posibilidad es concebir las lenguas como objetos platónicos abstractos (cf., v.g., Katz, 1981, y Katz y Postal, 1991). Por lo que sabemos, Chomsky nunca ha discutido los detalles de esta opción externista (pero véase Chomsky, 1986a: 33-34, y Botha, 1989: 63).

fin de cuentas)¹³, y el lingüista se limita a aplicar de manera mecánica en un corpus de enunciados dado una serie de «mecanismos de descubrimiento», esto es, un conjunto de métodos inductivos de segmentación y clasificación, como las sustituciones o los emparejamientos, hasta obtener la gramática taxonómica de una lengua, una gramática que, simplemente, recoja afirmaciones sobre regularidades distribucionales en estos enunciados.

Chomsky demuestra, probablemente de manera definitiva, que los conductistas y los estructuralistas norteamericanos de la primera mitad del siglo xx, encorsetados por su antimentalismo radical y por su positivismo de cortas miras, se equivocaron tanto en la identificación del objeto de estudio, como en los métodos que utilizaban¹⁴. Estaban confundidos, en primer lugar, al pensar que una lengua es un corpus de enunciados, ya que, de ser así, no hay manera de explicar ni la propiedad de la infinitud discreta (cf. *supra*), ni el hecho de que los hablantes sean capaces de discernir, de entre un número *a priori* infinito de expresiones nuevas, cuáles están bien formadas en su lengua y cuáles no. Estudiar una lengua como un inventario de elementos ni siquiera describe, por tanto, lo que una lengua realmente es, porque deja fuera expresiones posibles que no aparecen en los corpus y porque no distingue entre expresiones posibles e imposibles en una lengua. Por otra parte, en lo que a la metodología respecta, resulta de todo punto inviable llegar a obtener por medio de la aplicación a un corpus de simples mecanismos de descubrimiento inductivos nociones lingüísticas como las de categoría gramatical o función sintáctica, y mucho menos aún dar cuenta de las ambigüedades estructurales o de las relaciones sistemáticas entre tipos de oraciones, por no hablar de cómo descubrir con tales métodos unidades gramaticales abstrac-

¹³ Cf. Harris (1959: 458). Un ejemplo canónico del antimentalismo de la lingüística estructuralista norteamericana es Bloomfield (1933: Cap. 2). Sobre los métodos del estructuralismo norteamericano véase, v.g., Harris (1951).

¹⁴ Cf. v.g., Chomsky (1955/75, 1957, 1958, 1959, 1961, 1986a, 1991a). En Searle (1972) y Katz (1981) pueden encontrarse exposiciones muy claras de las críticas de Chomsky al estructuralismo norteamericano.

tas, «materialmente» no realizadas en los textos, como las representaciones fonológicas subyacentes, los morfos cero o las categorías sintácticas sin realización fonética.

Una lengua externa y extensional, es decir, un conjunto de enunciados o actos de habla (una «lengua-E»)¹⁵, sería, en conclusión, para Chomsky, en el mejor de los casos un epifenómeno, un producto subsidiario de la gramática mental de los hablantes, y en el peor, no tendría ni tan siquiera existencia en el mundo real (en el mundo existen enunciados y actos de habla, pero no existiría nada que pueda llamarse «lengua X» y que se corresponda con un conjunto determinado de enunciados o actos de habla).

La segunda noción de lengua externa que Chomsky pone en tela de juicio coincide a grandes rasgos con la idea preteórica que está presente en afirmaciones tan habituales como «El catalán es la lengua oficial de Cataluña», «El francés está perdiendo posiciones en el mundo», «El inglés tiene más palabras que el español», y tantas otras por el estilo. Esta noción de sentido común es refinada un tanto por aquellos lingüistas que consideran que el lenguaje es una práctica social cuya función primordial es la comunicación¹⁶. Desde esta perspectiva, las lenguas se conciben como «lenguas públicas» o «lenguas comunes», como códigos externos a las mentes de los hablantes que estos comparten con el fin de poder comunicarse. La lingüística estudiaría tales «códigos compartidos» (sean estas lenguas o dialectos), y quedaría así incluida dentro de las ciencias sociales.

Las críticas de Chomsky a la noción de lengua común, en tanto que posible objeto de estudio para la teoría lingüística, apuntan sobre todo hacia su imprecisión y su complejidad¹⁷. Por un lado, es sabido

¹⁵ El término técnico «Lengua-E» aparece por primera vez en Chomsky (1986a).

¹⁶ Cf., v.g., entre los autores mencionados por el propio Chomsky, Lewis (1975) y Dummet (1986). Véase también, recientemente, Millikan (2003).

¹⁷ Este es uno de los temas más tratados por Chomsky en sus escritos no estrictamente lingüísticos de los 80 y los 90 (cf., v.g., Chomsky, 1980a: 90-97; 1986a: 15-16; 1991b: 31 y ss.; 1992b: 101 y ss.; 1992c: 100 y ss.; 1994b: 152 y ss.; 1994c: 18-21; 1995b).

que la distinción entre unas lenguas y otras, o entre lenguas y dialectos, no está tan clara para el lingüista como para el político: existen difusas zonas de transición y formas híbridas de habla; hay dialectos de lenguas cuyos hablantes a duras penas se entienden entre sí y lenguas mutuamente inteligibles; dos dialectos de una misma lengua, en cuanto disponen de un ejército y una armada, pueden convertirse en dos lenguas distintas de la noche a la mañana, como ha sucedido en la antigua Yugoslavia... y así un largo etcétera. Se identifica, por otra parte, una lengua (como el inglés, el francés o el español) sobre la base de una amplia gama de complejos factores históricos, culturales, sociopolíticos y prescriptivos: una lengua, por ejemplo, recogería la herencia histórica de una comunidad, tendría una tradición escrita, estaría oficialmente reconocida en textos legales de primer rango, sería la expresión del alma de un pueblo o una nación, se ajustaría a normas de etiqueta lingüística, etc.

Así las cosas, la concepción externista de las lenguas como lenguas comunes o códigos compartidos, piensa Chomsky, podría ser de cierta utilidad para los estudios sobre las relaciones entre lenguaje y sociedad, y desempeña sin duda un papel, a veces determinante, en la vida de los individuos, pero sus límites imprecisos y las muchas variables que intervienen en su definición la convierten en un candidato poco apto para un estudio naturalista del lenguaje y de las lenguas. El concepto de código compartido sería, de nuevo en el mejor de los casos, secundario, derivado (¿cómo es posible que los miembros de una comunidad compartan un código si dicho código no está representado en sus mentes?). A este respecto, Chomsky va más allá incluso, y sostiene un punto de vista que puede chocar con nuestras concepciones de sentido común: las lenguas comunes o públicas no son, en realidad, objetos del mundo. Desde la perspectiva de las ciencias naturales, no habría códigos con independencia de los hablantes; tan sólo existirían determinados estados (relativamente estables) de la mente de los individuos. El «español», por poner un ejemplo, sería un epifenómeno sin correspondencia en el mundo físico, al igual que tantos otros conceptos de naturaleza social como los de patria o comunidad

internacional, lo cual no obsta para que, como haremos nosotros en este libro, podamos seguir afirmando que «El español es una lengua de núcleo inicial» o que «El vasco tiene casos morfológicos» por ejemplo, siempre y cuando evitemos «reificaciones ilegítimas».

La alternativa chomskiana a las insuficiencias de estas dos concepciones externistas de las lenguas consiste en considerar, como ya hemos adelantado, que las lenguas son objetos del mundo real internos a la mente de los individuos, es decir, gramáticas mentales. Con la intención de evitar los malentendidos a que daba lugar la ambigüedad sistemática del término «gramática», que se usaba para referirse tanto al conocimiento gramatical de los hablantes («gramática mental») como a la teoría del lingüista («gramática descriptiva»), Chomsky (1986a) sustituye la expresión «gramática mental» por el término técnico «lengua-I», queriendo indicar con esta letra inicial, frente a las dos concepciones externistas anteriormente comentadas, que las lenguas son objetos:

- (a) internos (i.e., propiedades de la «mente-cerebro» de los hablantes¹⁸, y no sucesos físicos o prácticas sociales externos),
- (b) individuales (i.e., estados mentales de los individuos, y no códigos compartidos por una comunidad), y
- (c) intensionales (i.e., mecanismos finitos, y no conjuntos, potencialmente infinitos, de enunciados o actos de habla).

Una lengua-I no presenta los problemas de una lengua común o de una lengua extensional. Por un lado, no cabe duda de que estamos, en este caso, ante un objeto del mundo, tan real como los cerebros que lo contienen, que puede estudiarse, por tanto, de la manera en que las ciencias naturales tratan de dar cuenta de las propiedades de las entidades biológicas o físicas. Por otro lado, frente a las lenguas comunes, las variables que participan en su caracterización pueden ser razonablemente controladas y sus límites pueden establecerse con su-

¹⁸ Chomsky utiliza sistemáticamente la expresión «mente-cerebro» para referirse a los aspectos mentales del mundo, de manera calculada a nuestro entender, como un reflejo terminológico de su «materialismo unificacionista» (véase el §1.2.4.).

ficiente precisión: una lengua-I es, simplemente, una de las opciones permitidas por la Gramática Universal, sin más distinciones de naturaleza sociológica. Finalmente, frente a las lenguas extensionales del estructuralismo norteamericano de la primera mitad del siglo xx, la existencia de gramáticas mentales es, precisamente, lo que nos permite dar cuenta de la propiedad de la infinitud discreta, ya que estas consisten, básicamente, en una serie (finita) de operaciones que, sometidas a ciertas restricciones, combinan un número (finito) de unidades lingüísticas para derivar las (infinitas) expresiones posibles en una lengua¹⁹.

1.1.2. EL LENGUAJE COMO OBJETO DEL MUNDO NATURAL

Hasta este momento hemos tratado de poner al descubierto las motivaciones últimas del primer componente del «centro firme» del programa de investigación chomskiano: su internismo. El segundo componente, la aproximación naturalista al estudio del lenguaje y de las lenguas, es, en realidad, una consecuencia del primero, si se descarta, por superada, la idea de que existe una sustancia segunda cartesiana. Y Chomsky se distancia claramente de Descartes en este punto²⁰: para el «racionalismo biológico» chomskiano (cf. McGilvray, 1999), el estudio de las facultades mentales formaría parte del estudio del cuerpo —en concreto, del cerebro—, en un cierto nivel de abstracción, con lo cual, aunque internismo y naturalismo sean lógicamente independientes²¹, un enfoque internista del lenguaje demanda

¹⁹ En el §1.2.1., caracterizaremos con algo más de precisión el contenido de las lenguas-I. Los dos restantes capítulos de este libro estarán dedicados en su totalidad a este tema.

²⁰ Sobre las semejanzas y las diferencias entre el pensamiento de Chomsky y el de Descartes véase, v.g., Chomsky (1966, 1975a), Bracken (1984), Otero (1984), D'Agostino (1986) y McGilvray (1999).

²¹ Los seres humanos pueden ser estudiados de manera naturalista pero no internista, v.g., como fases en un ciclo de conversión del oxígeno en dióxido de carbono.

que su objeto de estudio sea analizado desde una perspectiva naturalista.

1.1.2.1. Las críticas al dualismo metodológico

Como ya hemos apuntado, Chomsky apuesta, frente al naturalismo de corte metafísico (reduccionista o eliminacionista), por un enfoque naturalista de la mente «metodológico». Con la expresión «naturalismo metodológico» se quiere hacer hincapié, sin embargo, antes de nada, en que los «aspectos mentales del mundo» deben ser investigados según los cánones de las ciencias naturales. De este modo, el naturalismo chomskiano se define también por oposición a lo que Chomsky denomina «dualismo metodológico»: así, aun habiendo sido formulada por pensadores o lingüistas que afirmen ser materialistas (v.g., Quine, 1992), una propuesta acerca del lenguaje (o de lo mental en general) sería metodológicamente dualista, para Chomsky, si se miden con distinto rasero los estudios sobre los objetos mentales y las investigaciones sobre los objetos físicos, si se imponen, por ejemplo, a los primeros condiciones de las que las segundas están exentas. En sus trabajos recientes no estrictamente lingüísticos²², Chomsky critica varios casos de aproximaciones al lenguaje metodológicamente dualistas. A modo de ilustración, nos detendremos en dos especialmente significativos.

Para algunos autores (v.g., Scarle, 1992), un estado mental existe solo si es accesible a la consciencia, de manera que, aunque se argumentara convincentemente en favor de determinado principio para dar cuenta de paradigmas complejos de datos lingüísticos, no podríamos decir que el hablante conoce dicho principio (lo representa mentalmente) a no ser que sea capaz de expresar su contenido de manera

Naturalismo no implica, por tanto, internismo. Sin embargo, para Chomsky, la única manera razonable de emprender un estudio internista de las capacidades cognitivas es adoptando una metodología naturalista (cf. Chomsky, 1995b: 27-28 y 49).

²² Cf., v.g., Chomsky (1992b: 107 y ss.; 1994b: 144 y ss.; 1995b: 33 y ss., 50 y ss.). Véase también Chomsky (1975a: 179 y ss.).

explícita²³. Chomsky discrepa abiertamente de quienes sostienen que conocimiento y consciencia se suponen mutuamente y defiende la existencia de conocimientos no accesibles a la consciencia²⁴. En cualquier caso, imponer el requisito de la «accesibilidad a la consciencia» para poder estar seguros de que un estado mental existe sería un ejemplo de dualismo metodológico por el que se trata de distinta manera a los objetos mentales y a los objetos físicos. Por citar un ejemplo del propio Chomsky, cuando se estudian la digestión o los planetas, en modo alguno se exige que tales fenómenos u objetos sean accesibles a la consciencia para reconocer que existen.

Un segundo supuesto de metodología dualista en el estudio del lenguaje, en opinión de Chomsky, es considerar que solo se puede escoger entre dos gramáticas extensionalmente equivalentes, esto es, entre dos hipótesis que caractericen el mismo conjunto de expresiones lingüísticas, sobre la base de «pruebas psicológicas», que certificarían la «realidad psicológica» de las hipótesis, pero no utilizando «pruebas lingüísticas» (cf., v.g., Quine, 1986). Desde ese punto de vista, se podría, por ejemplo, afirmar que la estructura de los constituyentes básicos de la oración (sujeto, verbo y objeto directo) es [SN [V SN]], y no [[SN] [V] [SN]] o [[SN V] SN], a la luz de los resultados de experimentos como los de Fodor y Bever (1965) sobre el desplazamiento perceptivo de «clics» en las oraciones²⁵, y no a partir de los juicios de gramaticalidad que los hablantes emiten sobre los numerosos paradigmas de datos lingüísticos que muestran bien a las claras que el

²³ Esta cuestión se reformula a veces como el «problema de seguir una regla»: dado que no tienen acceso consciente a las reglas lingüísticas, los seres humanos «se ajustan» a las reglas, pero no «serían guiados» por ellas (cf., v.g., Quine, 1972: 442).

²⁴ Para los que emplea el término «cognición» (*cognition*) en lugar de «conocimiento» (*knowledge*) (cf., v.g., Chomsky, 1975a: 165).

²⁵ En estos experimentos, se les colocaba unos auriculares a los sujetos y se les hacía escuchar una oración por un oído y un «clic» (un ruido) por el otro. A continuación se les pedía que indicaran dónde creían que habían oído el ruido en la oración. El resultado fue que los sujetos, aunque no los hubieran escuchado en ese punto, tendían a situar los «clics» en los límites de los constituyentes básicos de la oración.

verbo y el objeto directo forman una unidad gramatical que excluye al sujeto. Para Chomsky, sin embargo, la distinción entre pruebas psicológicas y pruebas lingüísticas no tiene ningún sentido, simplemente, porque no existe una realidad psicológica distinta de la realidad (que incluye a los objetos mentales). Por tanto, las pruebas lingüísticas (o internas) constituyen afirmaciones sobre la realidad de las hipótesis lingüísticas tan válidas, al menos²⁶, como las llamadas pruebas psicológicas (o externas). Y lo que es más: en las ciencias naturales no se discriminan metodológicamente los tipos de pruebas; no hay clases de pruebas pertinentes o no pertinentes *a priori*; lo único que hay son pruebas buenas o malas según nos sirvan o no para describir los principios ocultos que articulan la caótica diversidad de lo real. Restringir *a priori* los criterios de decisión sobre la validez de las pruebas cuando lo que está en juego son los aspectos mentales del ser humano sería, en conclusión, un nuevo caso de dualismo epistemológico.

La lingüística chomskiana, por contra, se caracteriza desde sus inicios por su empeño en utilizar la lógica de investigación de las ciencias naturales en el estudio del lenguaje. Así, por ejemplo, como es habitual en ciencias como la física o la química, se han buscado explicaciones sistemáticas para una gran variedad de fenómenos lingüísticos; se han formulado, siempre que ha sido posible, hipótesis predictivas lo suficientemente explícitas como para que pudieran ser contrastadas empíricamente; se ha recurrido a unidades o estructuras abstractas, no directamente observables, para poder dar cuenta de ciertos fenómenos de otro modo inasibles; o se ha adoptado un punto de vista realista con respecto tanto a los hechos de los que la teoría lingüística quiere dar cuenta, como a las unidades, las operaciones y

²⁶ Dado que las investigaciones no lingüísticas están guiadas por nociones lingüísticas, y puesto que se sabe mucho más sobre las computaciones mentales que sobre su soporte material, Chomsky considera que, hoy por hoy, las pruebas internas son, por lo general, mucho más fiables que las pruebas externas. Para Chomsky, por ejemplo, los resultados de los experimentos con potenciales evocados —o potenciales relacionados con un suceso (PRS)— son «meras curiosidades» mientras no exista una teoría de los PRS (cf. Chomsky, 1992c: 93-95).

los principios de la teoría misma²⁷. La lingüística chomskiana comparte, además, con las ciencias de la naturaleza otras dos características básicas de todo quehacer científico: la idealización del objeto de estudio y la búsqueda de simplicidad.

1.1.2.2. La idealización del objeto de estudio

Es difícil encontrar algún otro aspecto del pensamiento lingüístico de Chomsky más criticado, y peor comprendido, que las dos idealizaciones que toma como punto de partida en *Aspectos de la teoría de la sintaxis* para poder emprender la tarea de estudiar tanto las lenguas como la facultad del lenguaje, y dar así cuenta de la versión lingüística del «problema de Platón»: por un lado, la idealización según la cual «lo que concierne primariamente a la teoría lingüística es un hablante oyente ideal en una comunidad lingüística del todo homogénea»²⁸ y, por otro, la idealización por la que se aborda el estudio de la adquisición de las lenguas «como si» se produjera de manera instantánea²⁹.

Se ha interpretado, por ejemplo, que Chomsky piensa que existen de hecho hablantes oyentes ideales y comunidades lingüísticas homogéneas, y que cree que el aprendizaje de las lenguas es instantáneo en el mundo real, y esto, evidentemente, no es así: las afirmaciones chomskianas constituyen idealizaciones (contrafácticas) metodológicamente deseables³⁰. También se ha dicho que la noción de

²⁷ Sobre el realismo científico chomskiano, véase Chomsky (1955/75: 36 y ss.; 1978: 303-304; 1980a: 202 y ss.; 1986a: 4.2.). Cf., también, Botha (1989: 156 y ss.).

²⁸ Cf. Chomsky (1965: 5). Véase también Chomsky (1980a: 33 y ss.; 1986a: 16-19).

²⁹ Cf. Chomsky (1965: 35). Véase también Chomsky (1975a: 119 y ss.; 1986a: 54; 1998a: nota 11).

³⁰ Cf. Newmeyer (1983: 75). Una oración condicional contrafáctica es aquella en la que el contenido expresado por el antecedente entra en conflicto con lo que se da por supuesto. Las idealizaciones chomskianas se formulan como condicionales contrafácticas: «Si existiera un hablante oyente ideal, ¿qué propiedades tendría su gramática

comunidad lingüística homogénea niega la existencia de las variantes dialectales, cuando en realidad no hace distinción alguna entre nociones sociológicas, como las de lengua y dialecto. Asimismo, se ha pensado que hablar de individuos ideales en comunidades lingüísticamente homogéneas introduce una novedad radical en el panorama de la lingüística moderna, cuando Chomsky se limita a hacer explícita la idealización sobre la que se asienta toda la tradición gramatical occidental. O se ha dicho que la gramática generativa no está interesada ni en los individuos concretos, ni en la variación lingüística, ni en el aprendizaje de las lenguas en tiempo real, cuando lo que se pretende es, precisamente, poder explicar la variación y el aprendizaje en tiempo real a partir de estas idealizaciones³¹. Se ha cuestionado incluso, finalmente, la legitimidad de estas (u otras) idealizaciones en el estudio del lenguaje o de la mente en general, lo cual constituye, para Chomsky, otro caso de dualismo epistemológico, que supondría renunciar, sin más, a toda explicación racional de los aspectos mentales del mundo³².

El mismo término «idealizar» ha dado lugar a no pocos malos entendidos. Idealizar un objeto de estudio es una estrategia fundamental de las investigaciones en las ciencias naturales por la que se prescinde de algunas de las variables que lo conforman o lo rodean con el fin de poder estudiarlo más en profundidad. En toda empresa racional, de manera explícita o implícita, se establecen límites con respecto al alcance de lo que se quiere (o se puede) estudiar. Se es consciente de que si se pretende hablar de todo se acaba hablando de nada. Un objeto idealizado, en el sentido en que se utiliza el término en las ciencias naturales, no es una entidad ideal, perfecta e inexistente. Cuando se idealiza un objeto se está hablando de la realidad; de hecho, es el re-

mental?»; «Si fuera de manera instantánea, ¿cómo se aprendería una lengua materna?».

³¹ Pueden encontrarse comentarios muy clarificadores sobre las idealizaciones chomskianas en Newmeyer (1983: 3.2.), Botha (1989: 65 y ss.), Salkie (1990: Cap. 3) y, más recientemente, Smith (1999: 13 y ss.).

³² Cf. Chomsky (1995b: 18).

curso racional de que disponemos para poder hablar acerca del núcleo invariable de lo real³³.

Desde un enfoque naturalista del lenguaje y de las lenguas como el chomskiano, el lingüista, al igual que el biólogo o el físico, se centra también en ciertos aspectos de su objeto de estudio en detrimento de otros. Y lo hace, como es norma en las ciencias naturales, dependiendo de lo que quiere investigar. Para la lingüística chomskiana, el objetivo fundamental de la teoría lingüística es, como ya sabemos, resolver el «problema lógico de la adquisición del lenguaje». Pues bien, este objetivo último explica que las idealizaciones chomskianas sean las que son. En primer lugar, para poder explicar cómo adquiere el niño que aprende su lengua materna un conocimiento lingüístico rico y estructurado a partir de datos pobres y desestructurados, deben caracterizarse de manera precisa, piensa Chomsky, tanto el estadio inicial de este proceso, la Gramática Universal (GU), como el estadio final, las lenguas-I. Pero si se quiere caracterizar con precisión el contenido de la GU y de las lenguas-I, no queda más remedio que dejar de lado las innumerables idiosincrasias de las variantes idiolectales. De ahí que la teoría lingüística se ocupe de «hablantes oyentes ideales en comunidades lingüísticas homogéneas»: al lingüista le interesa descubrir las propiedades del lenguaje humano, y no describir de manera impresionista el habla de individuos concretos. Por otro lado, con el objetivo de solucionar el problema lógico de la adquisición del lenguaje, se actúa «como si» el paso de la GU a las lenguas-I fuera instantáneo porque lo que ocurre a lo largo del proceso es demasiado complejo, al menos en el estado actual de nuestros conocimientos. No se sabe, por ejemplo, con exactitud ni de qué datos dispone el niño en cada estadio intermedio, ni con qué hipótesis se enfrenta a ellos. Se supone, además, que los distintos estadios que el niño atraviesa en el curso de la adquisición de una lengua no condicionan de manera determinante el estado mental final.

³³ Cf., v.g., Chomsky (1992b: 102; 1995a: 7; 1995b: 18; 1998a: nota 5).

Hay que buscar, por tanto, la razón de ser de las dos principales idealizaciones chomskianas en el papel que desempeñan en la resolución de la versión lingüística del «problema de Platón». Quizás se demuestre con el tiempo que la segunda de estas idealizaciones es incorrecta (o que incluso las dos lo son), pero hasta ahora ambas idealizaciones nos han permitido obtener resultados significativos, y la única manera de juzgar la legitimidad de una idealización es por los resultados que con ella se obtienen.

1.1.2.3. *La navaja de Occam*

Entre los fundamentos de toda metodología racional se encuentra, además de la idealización del objeto de estudio, el principio conocido como «la navaja de Occam», por ser este filósofo medieval el primero en enunciarlo. Según este principio, «para explicar los fenómenos no se deben multiplicar las entidades más allá de lo necesario», es decir, «si dos hipótesis (o dos teorías) concuerdan con los mismos datos y no difieren en otros aspectos que sean relevantes para su confirmación, entonces la más simple se considerará como la más aceptable»³⁴. No existe, sin embargo, un procedimiento automático para medir el grado de simplicidad o elegancia de las hipótesis y las teorías, pero hay acuerdo al menos con respecto a dos criterios: en igualdad de condiciones, son más elegantes, en primer lugar, las hipótesis o teorías que contienen principios generales en lugar de series abigarradas de afirmaciones inconexas; y, en segundo lugar, son más simples las hipótesis o las teorías menos redundantes, esto es, aquellas en las que, manteniendo la misma cobertura empírica, se unifican conceptualmente tanto las unidades como los principios.

En consonancia con su naturalismo, la lingüística chomskiana siempre ha recurrido a ambos criterios de simplicidad, la «simplicidad de los principios» y la «simplicidad conceptual» (cf. Botha, 1989), para escoger entre hipótesis o modelos teóricos alternativos. Más aún, como veremos en el apartado 1.3. de este capítulo, y como ilustrare-

³⁴ Cf. Hempel (1966: 68).

mos con detalle en los restantes capítulos de este libro, uno de los grandes ejes que guía la evolución de la lingüística chomskiana es la búsqueda progresiva de una mayor simplicidad en la formulación de las hipótesis y en el diseño del modelo de gramática. La aplicación del criterio de la simplicidad de los principios fue, por ejemplo, determinante en el paso de la Teoría Estándar a la Teoría de los Principios y los Parámetros. Igualmente, el actual Programa Minimista puede muy bien entenderse, al menos en parte, como el uso sistemático de la navaja de Occam para evaluar tanto las hipótesis concretas como la teoría en su conjunto.

Ahora bien, no debe confundirse esta noción externa de simplicidad, común a toda investigación racional, con las «medidas de simplicidad» internas a la teoría lingüística que se han propuesto en diferentes momentos de la historia de la lingüística chomskiana³⁵. En el modelo de *Aspectos*, tales medidas de simplicidad consistían en «mecanismos de evaluación» que formaban parte de la Gramática Universal y que le permitían al niño que adquiere su lengua materna escoger, entre las gramáticas consistentes con los datos lingüísticos de su entorno, aquella que fuera, por ejemplo, notacionalmente más simple (véase el §2.1). En el modelo de los Principios y los Parámetros de los años 80 cambia sustancialmente la manera de concebir cómo escoge el niño que aprende su lengua materna una gramática a partir de su experiencia lingüística: el niño fija ahora los valores de un conjunto de posibilidades abiertas por la GU (o «parámetros»), con lo cual no queda ya lugar para medidas de simplicidad como las del Modelo Estándar (cf. §2.2.). Sin embargo, en el Programa Minimista, se utilizan de nuevo medidas de simplicidad internas, que nos permiten, al igual que en el modelo de *Aspectos*, comparar fragmentos de una gramática y elegir el más simple por criterios de simplicidad específicos de la teoría lingüística. Pero las medidas de simplicidad del Pro-

³⁵ Sobre estas dos variantes de la noción de simplicidad en la lingüística chomskiana, véase Chomsky (1995a: 8-9) (cf. también Newmeyer, 1983: 41; Botha, 1989: 189-195; y McGilvray, 1999: 148-150).

grama Minimista son de naturaleza completamente distinta: determinados principios favorecen ahora, de entre dos o más derivaciones posibles de una expresión lingüística, a aquella que sea más económica (véase el Capítulo 3).

1.2. EL ESTUDIO DEL LENGUAJE DESDE UNA PERSPECTIVA INTERNISTA

Si el enfoque naturalista del estudio del lenguaje subyace, como acabamos de ver, al hecho de que la lingüística chomskiana haya empleado de manera sistemática la metodología de las ciencias naturales —que haya idealizado, por ejemplo, su objeto de estudio o que haya preferido las hipótesis y las teorías más simples a las más complejas—, el «centro firme» del programa de investigación chomskiano en su totalidad nos permite entender algunas de las constantes del pensamiento lingüístico de Chomsky. Explica, en concreto, por qué se ha interesado este lingüista desde un primer momento por determinados aspectos del lenguaje y de las lenguas, y no por otros. Así pues, si se considera que el lenguaje es, al igual que el resto de las capacidades cognitivas, un «órgano mental», no debe sorprendernos entonces que las cuestiones que Chomsky se plantea con respecto al lenguaje y las lenguas sean las mismas que preocupan al biólogo que investiga las propiedades de los órganos o los sistemas corporales. Este, cuando estudia un órgano del cuerpo, busca respuestas, al menos, para las siguientes preguntas: (a) ¿cuál es la organización morfológica estable (i.e., la estructura) de dicho órgano?, (b) ¿cómo se desarrolla en el organismo y cómo apareció en el curso de la evolución?, (c) ¿cuáles son sus funciones? y (d) ¿cuáles son los procesos bioquímicos, y los mecanismos físicos, que determinan su estructura y su funcionamiento?

El lingüista que concibe el lenguaje como un órgano mental se hace preguntas semejantes con respecto a las lenguas-I y a la facultad del lenguaje:

(a) ¿En qué consiste el conocimiento lingüístico de los individuos?

(b) ¿Cómo adquiere el niño que aprende su lengua materna dicho conocimiento y cómo surgió la facultad del lenguaje en la especie?

(c) ¿Cómo se usa el conocimiento lingüístico en situaciones concretas en tiempo real?

(d) ¿Cómo están materializadas las lenguas y la facultad del lenguaje en el cerebro y en el código genético de la especie, respectivamente?

Quienes adoptan un enfoque internista y naturalista del lenguaje suelen plantearse estas cuatro preguntas fundamentales, pero discrepan en cómo priorizarlas y no siempre se ponen de acuerdo en las respuestas. En este apartado, veremos cuáles han sido, y siguen siendo, las prioridades de Chomsky a la hora de estudiar el lenguaje y las lenguas, y revisaremos sus ideas generales con respecto a cada una de estas cuestiones, unas ideas que han permanecido inalteradas a lo largo de los años, aunque con algunos matices, y que se mantienen, como telón de fondo muchas veces implícito, en el actual Programa Minimista.

1.2.1. EL CONOCIMIENTO DEL LENGUAJE

En los dos capítulos siguientes nos ocuparemos con detenimiento de los cambios que se han producido en la lingüística chomskiana con la finalidad de caracterizar de una manera cada vez más adecuada el conocimiento gramatical de los individuos, cambios, algunos de ellos sustanciales, que han afectado a las unidades, las operaciones, los componentes o los principios de la gramática. Dejamos para entonces esta tarea, y expondremos ahora las líneas maestras de las que consideramos que son, y han sido siempre, las ideas básicas de Chomsky con respecto al conocimiento que los hablantes tienen de su lengua. Para Chomsky, (a) el conocimiento lingüístico constituye un dominio específico, (b) debe distinguirse del uso lingüístico, (c) contiene un

componente central (la sintaxis), que se encarga de realizar cálculos sobre representaciones lingüísticas, y (d) dicho componente computacional es autónomo con respecto al significado y al uso. Vayamos por partes³⁶.

1.2.1.1. Especificidad de dominio³⁷

Uno de los postulados fundamentales sobre las funciones superiores de los seres humanos en el que coinciden las diferentes tradiciones del pensamiento neo-empirista del siglo xx, desde la conductista a la piagetiana, es el llamado «principio de uniformidad», según el cual existen estrategias de aprendizaje de propósitos múltiples comunes a todas las capacidades mentales. Frente a esta concepción de la mente como un todo indiferenciado, Chomsky lleva la metáfora del «órgano mental del lenguaje» hasta sus últimas consecuencias, y sostiene que no sólo los órganos del cuerpo, sino también los «órganos de la mente» (el lenguaje, la visión, la memoria, etc.), conforman «dominios», esto es, sistemas autónomos premodelados de manera innata, con pautas de desarrollo y propiedades específicas³⁸.

³⁶ En el Capítulo 3, veremos hasta qué punto han podido afectar las ideas del Programa Minimista a las tesis de la autonomía de la competencia con respecto a la actuación y de la sintaxis con respecto al significado y al uso.

³⁷ La «tesis de la especificidad» es una constante en el pensamiento chomskiano (cf., v.g., Chomsky, 1975a: 159; 1980a: 35 y ss.; 1988: 161; 1995a: 221; véase también Piattelli Palmarini, 1979).

³⁸ En ocasiones utiliza Chomsky el término «módulo» en lugar de «dominio», lo cual no quiere decir que comparta por completo las ideas sobre la arquitectura de la mente de Jerry A. Fodor (1983) (cf. *infra*). Nótese, por otra parte, que innatismo y especificidad de dominio son lógicamente independientes: puede proponerse, de entrada, que existen estructuras innatas ricas sin que estas tengan necesariamente que ser específicas de un dominio dado. Sin embargo, es poco plausible que puedan surgir dominios mentales específicos a partir de estrategias de aprendizaje innatas no específicas. De ahí que quienes defienden la especificidad de dominio adopten, por lo general, un punto de vista racionalista con respecto a la adquisición de conocimientos (cf. Botha, 1989: 114).

Pruebas de distinta naturaleza inclinan hoy por hoy claramente la balanza en favor de aquellos que piensan, como Chomsky, que las distintas facultades de la mente poseen características particulares que están en buena medida genéticamente predeterminadas y que se desarrollan de manera idiosincrásica. En lo que al lenguaje respecta, décadas de estudios gramaticales, siglos en realidad, sobre las intrincadas propiedades de las lenguas y del lenguaje no dejan mucho margen para la duda acerca de lo que Newmeyer (1998) denomina «la autonomía de la gramática como sistema cognitivo». Recordemos tan solo una de las propiedades específicas del lenguaje. En lugar de regirse por criterios aritméticos o de disposición lineal mucho más simples, las operaciones de la sintaxis «dependen de la estructura», es decir, son sensibles en todas las lenguas a las complejas relaciones jerárquicas que las unidades de una expresión lingüística establecen entre sí. Veamos un ejemplo³⁹:

- (1) a. Ese hombre leía el periódico.
- b. Leía el periódico ese hombre.
- c. ¿Qué leía ese hombre?
- d. *¿Qué ese hombre leía?

Como muestra el contraste de gramaticalidad entre (1c) y (1d), se produce una inversión obligatoria del sujeto y el verbo en (buena parte de) las oraciones interrogativas parciales del español, de manera que el verbo se sitúa inmediatamente a la derecha del pronombre interrogativo. Pero, para aplicar correctamente esta regla, es necesario poder distinguir el verbo de la oración principal de los verbos de las oraciones subordinadas, e identificar, además, el conjunto de piezas léxicas que forman el sujeto de la oración, es decir, se debe poder disponer de nociones estructurales como «oración principal», «oración subordinada» o «sujeto de la oración»; de lo contrario, se obtendrían resultados agramaticales como el de (2c):

³⁹ Un asterisco elevado a la izquierda de una oración o una construcción indica que esta es agramatical, esto es, que no está bien formada en la lengua en cuestión.

- (2) a. [El hombre que escuchaba la radio] leía el periódico.
- b. ¿Qué leía [el hombre que escuchaba la radio] _ _?
- c. *¿Qué escuchaba [el hombre que _ la radio] leía _?

En (2c), aparece inmediatamente a la derecha del pronombre interrogativo el primer verbo de la oración en lugar del verbo de la oración principal, y el resultado es agramatical. Las operaciones del componente computacional lingüístico manejan, por tanto, nociones estructurales como «verbo de la oración principal», pero no otras, perfectamente concebibles y más sencillas, como «primer verbo» o «verbo más cercano».

Junto a «pruebas internas» como la anterior, lo bastante concluyentes ya por sí mismas, son numerosas también las «pruebas externas» que indican que el «órgano mental del lenguaje» es autónomo⁴⁰. Entre estas últimas, resultan especialmente relevantes para demostrar que dos capacidades cognitivas son independientes los casos que se conocen como «disociaciones dobles», en los cuales un paciente tiene deteriorada una determinada capacidad cognitiva mientras conserva otra intacta, y un segundo paciente no presenta alteraciones en la primera capacidad a la vez que ha perdido, en mayor o menor grado, la segunda. Como veremos brevemente a continuación, se han descrito casos de disociaciones dobles entre el lenguaje y otras facultades mentales, al menos, en las patologías del desarrollo y en los trastornos que se producen a raíz bien de una lesión, bien de un déficit genético.

Están documentados, en primer lugar, casos claros de disociaciones dobles entre los trastornos mentales y los trastornos del lenguaje que son el resultado de una lesión, esto es, casos de individuos con el resto de las capacidades cognitivas intactas y con una perturbación

⁴⁰ Pueden encontrarse revisiones recientes de los diferentes tipos de pruebas externas en favor de la tesis de la especificidad de dominio en Belinchón (1995) y Fromkin (1997).

específica del lenguaje (v.g., agramatismo) e individuos con alguna capacidad cognitiva deteriorada, pero con el lenguaje intacto⁴¹.

Por otro lado, en las últimas décadas se han llevado a cabo estudios muy detallados sobre casos de patologías en el desarrollo que manifiestan bien una alteración específica en la adquisición de la gramática, bien una conservación, también específica, de los conocimientos gramaticales. Entre los primeros, el caso más conocido es el de «Genie», una «niña salvaje» moderna que fue descubierta en 1970 cuando tenía trece años y medio. En todo ese tiempo, la niña había estado encerrada en una habitación de la parte trasera de su casa, de manera que no había podido escuchar ningún tipo de estímulo lingüístico; además, los miembros de su familia nunca le habían dirigido la palabra y había sido maltratada con frecuencia. Genie desarrolló rápidamente habilidades viso-espaciales y de inteligencia operacional y, con la ayuda de los investigadores, a los pocos meses comenzó a aprender vocabulario de distintas clases y a combinar palabras formando expresiones con contenido proposicional, pero, tras ocho años de sesiones agotadoras, sus producciones lingüísticas seguían estando mal formadas gramaticalmente, con multitud de errores sistemáticos en aspectos básicos de la morfología flexiva y de la sintaxis del inglés⁴².

Los resultados de las investigaciones sobre casos de «niños salvajes» deben ser juzgados, no obstante, con cautela, ya que, debido a la falta de controles en los primeros años de vida, no es posible descartar con absoluta seguridad que el deterioro de las capacidades gramaticales sea, en realidad, una consecuencia de los gravísimos trastornos emocionales e intelectivos provocados por las extremas condiciones de vida que ha tenido que soportar el niño. Por ello, resultan más fiables los casos contrarios de personas mentalmente retrasadas sin problemas lingüísticos, ya que, normalmente, su evolución está registra-

⁴¹ Sobre trastornos específicos del lenguaje que son el resultado de una lesión, véase, v.g., Caplan (1987).

⁴² Cf. Curtiss (1977; 1988).

da desde la infancia. Uno de estos casos es el de Christopher, un *savant* con un retraso intelectual grave, pero con habilidades lingüísticas fuera de lo común, que ha sido estudiado durante años por Smith y Tsimpli⁴³. Christopher tiene un cociente intelectual no verbal claramente por debajo de la media y vive en una institución porque no es capaz de cuidar de sí mismo (su coordinación óculo-manual, por ejemplo, es muy pobre, de manera que a duras penas puede afeitarse o abrocharse un botón); sin embargo, lee, escribe y se comunica en unas quince lenguas y traduce al inglés pasajes escritos en estas lenguas a la velocidad a la que se leerían en voz alta.

Existen también, finalmente, disociaciones dobles entre déficits genéticos, como la que resulta de la comparación de los efectos del síndrome de Williams y de la disfasia genética⁴⁴. Los individuos afectados por el síndrome de Williams, por lo general, presentan un retraso mental leve o moderado con un cociente intelectual medio de 60-70 mientras que sus habilidades lingüísticas, en especial las sintácticas, permanecen intactas (además de tener unas características fisiológicas peculiares: sus rasgos faciales recuerdan a los de los gnomos, sufren de problemas cardiovasculares y están especialmente dotados para la música, quizás como consecuencia de su hipersensibilidad acústica). Las personas con disfasia genética, por el contrario, manifiestan trastornos específicos del lenguaje. Uno de los casos mejor estudiados de disfasia genética se conoce en la bibliografía como «la familia K»⁴⁵. Todos los miembros afectados de esta familia (16 de 30 en tres generaciones) tienen un cociente intelectual normal, pero cometen sistemáticamente los mismos tipos de errores gramaticales: suprimen o confunden los morfemas flexivos que deben adjuntarse a

⁴³ Cf. Smith y Tsimpli (1995). Otro conocido caso de conservación específica de las habilidades lingüísticas en el desarrollo es el de Laura (cf. Yamada, 1988, 1990).

⁴⁴ Sobre el síndrome de Williams, véase Smith (1999: 24 y las referencias allí citadas); sobre la disfasia genética véase, v.g., Watkins y Rice (eds.) (1994) y Leonard (1997) (cf. también la discusión y las referencias de Newmeyer, 1998: 90-94, Smith, 1999: 129-131 y Jenkins, 2000: Cap. 4).

⁴⁵ Cf. Gopnik y Crago (1991) y Crago y Gopnik (1994).

las bases léxicas, sin que la pérdida de marcas de tiempo, por ejemplo, implique que no sean capaces de representar mentalmente nociones como la de pasado o futuro (dado que utilizan correctamente los adverbios temporales).

Casos de disociaciones dobles como los que hemos reseñado muestran bien a las claras que existe un dominio lingüístico autónomo, que puede quedar dañado selectivamente como resultado de una lesión, que se desarrolla de manera independiente y que se ve afectado por déficits genéticos específicos. Debe advertirse, no obstante, que del hecho de que el lenguaje constituya un dominio específico no se deduce que no comparta *ninguna* propiedad con otros dominios, y mucho menos que no esté conectado con ellos (véase el Capítulo 3). El que el lenguaje sea autónomo tampoco implica que tenga que ser necesariamente un «módulo», en el sentido en el que Jerry A. Fodor (1983) emplea este término⁴⁶.

En *The Modularity of Mind*, expone Fodor una teoría de la mente basada en la distinción entre un único sistema cognitivo central y varios sistemas de entrada. El sistema central se ocuparía de la resolución de problemas y del pensamiento racional, y carecería prácticamente de estructura, ya que se suele resolver problemas de cualquier tipo recurriendo a distintas clases de conocimiento (un sonido, un olor o una imagen nos sirven para evocar el mismo recuerdo, por ejemplo). Por otra parte, cada uno de los sentidos constituiría un sistema de entrada distinto, un «módulo», con cuya información se alimenta el sistema central. Los módulos fodorianos reúnen las siguientes características: (a) constituyen «dominios» específicos, (b) realizan tareas especiales, (c) funcionan de manera rápida y obligatoria, (d) se

⁴⁶ Sobre las diferencias y las semejanzas entre los «dominios» chomskianos y los «módulos» fodorianos, consúltase, v.g., Cella Conde y Marty (1998: 15-27), Demonte (1995: 444 y ss.; 1999: xviii y ss.), Fodor (1983), Higginbotham (1987b), Karmiloff-Smith (1992: 23) y Smith (1999: 17-20). Chomsky, en el modelo de los Principios y los Parámetros, emplea también el término «módulo» para referirse tanto a los niveles como a las subteorías de la gramática, contribuyendo así a que la confusión terminológica sea aún mayor.

materializan en zonas específicas del cerebro, (e) están predeterminados genéticamente en parte, y (f) operan sin admitir inferencias ni de otros módulos, ni del sistema central (i.e., están «encapsulados informativamente»)⁴⁷. Pues bien, para Fodor, el lenguaje sería un «módulo» más. Sin embargo, no es exactamente esta la idea que Chomsky tiene de la arquitectura de la mente. Como hemos visto, es cierto que el lenguaje posee propiedades específicas, que se localiza en determinadas zonas del cerebro y que está parcialmente premodelado de manera innata, pero no parece ni que su funcionamiento sea siempre rápido y obligatorio, ni que esté «encapsulado» por completo. Y lo que es aún más importante: el lenguaje es tanto un sistema de entrada como un sistema de salida, y ambos sistemas están obligatoriamente interconectados a través del sistema central (nadie entiende una lengua y habla otra distinta). Por tanto, determinados subcomponentes de nuestro conocimiento lingüístico pertenecerían al sistema central, con lo cual dicho sistema tendría bastante más estructura que la que Fodor le atribuye⁴⁸.

1.2.1.2. Competencia y actuación

La segunda idea básica de Chomsky sobre el conocimiento lingüístico de los hablantes no es nada novedosa en realidad: al afirmar que debe establecerse una clara distinción entre la competencia y la actuación lingüísticas, entre «saber una lengua» y «usar una lengua»⁴⁹, Chomsky se limita a reformular desde una perspectiva internista una de las premisas fundamentales de las investigaciones gram-

⁴⁷ La ilusión óptica de Müller-Lyer es un caso clásico de encapsulamiento informativo de los sistemas de entrada: aunque sepamos, porque las hemos medido, que dos flechas —una con las puntas hacia afuera y otra con las puntas hacia adentro— tienen la misma longitud, seguimos viendo como más larga la primera.

⁴⁸ Cf. Chomsky (1986a: 14, nota 10; 1995b: 12; 1998a: nota 2).

⁴⁹ Cf., v.g., Chomsky (1964: 12; 1965: 5-6). «Los términos 'competencia' y 'actuación' no aparecen ni en *LSLT* ni en *ES*, pero la distinción está clara» (Chomsky, 1955/75: 7). Bosque (1998) y Newmeyer (1998) exponen con claridad las motivaciones y el alcance de esta distinción.

tales de todos los tiempos. Hemos visto ya una de las razones que justifican esta dicotomía cuando hablábamos de la caracterización de los sistemas lingüísticos como lenguas-I(ntensionales) (cf. §1.1.1.2.): para poder explicar la propiedad de la infinitud discreta, debe suponerse que los hablantes poseen un «programa mental» con el que construyen un número infinito de expresiones a partir de un número finito de unidades lingüísticas. Por otro lado, la distinción entre el conocimiento tácito que los hablantes tienen de su lengua y el uso del lenguaje en situaciones reales concretas resulta especialmente adecuada para captar el hecho de que en este último entran en juego numerosos factores de distinta naturaleza —la velocidad de las emisiones, la intencionalidad de los hablantes, el grado de atención o de interés, las limitaciones de la memoria, el funcionamiento de los mecanismos articulatorios o perceptivos, etc.— que no afectan al conocimiento gramatical en sí mismo. Así por ejemplo, en todas las lenguas las frases se pueden combinar de manera «recursiva»; es decir, como si de muñecas rusas se tratara, es posible insertar dentro de una frase otra frase del mismo tipo, como en (3b), donde una oración de relativo aparece dentro de otra oración de relativo. Esta operación de la gramática mental, *a priori*, nos permite incrustar oraciones de relativo dentro de oraciones de relativo tanto «a la derecha» (cf. (3b)), como «en el centro» (cf. (3d)). Sin embargo, nos cuesta producir o entender oraciones con incrustaciones en el centro, como la de (3d), una oración que sería gramatical (ya que se obtiene como resultado de una operación de la gramática), pero que resulta inaceptable (dado que su procesamiento en situaciones reales sería, como poco, problemático):

- (3) a. El queso [que estuvo royendo el ratón] estaba duro.
 b. El queso [que estuvo royendo el ratón [al que perseguía el gato]] estaba duro.
 c. El queso [que el ratón estuvo royendo] estaba duro.
 d. #El queso [que el ratón [al que perseguía el gato] estuvo royendo]] estaba duro.

Los estudios sobre lesiones cerebrales nos proporcionan otro tipo de prueba en favor de la distinción entre competencia y actuación, ya que los mecanismos de ejecución pueden quedar dañados selectivamente, incluso de forma grave, sin que este hecho repercuta en el sistema cognitivo lingüístico. Chomsky ilustra este hecho con un caso hipotético y una pregunta retórica: «Imaginemos a una persona que sabe inglés y que sufre una lesión cerebral que no afecta en absoluto a los centros del lenguaje, pero que impide que estos se puedan usar para hablar, entender, e incluso pensar. Supongamos que los efectos de la lesión desaparecen y que, sin tener ninguna otra experiencia lingüística, esta persona recupera la capacidad de usar su lengua... ¿Sabía inglés dicha persona durante el período intermedio?»⁵⁰. Para Chomsky no cabe duda de que la respuesta a esta pregunta es afirmativa.

Quizás no esté de más aclarar varios puntos para cerrar este subapartado, ya que pocos aspectos del pensamiento lingüístico de Chomsky han sido tan controvertidos como el que estamos tratando. En primer lugar, la distinción entre competencia y actuación *no* es una idealización contrafáctica, como la del hablante oyente ideal por ejemplo (cf. §1.1.2.2.), sino una hipótesis empírica avalada, como acabamos de ver, por pruebas tanto internas como externas. En segundo lugar, las dicotomías competencia/actuación y lengua-I/lengua-E (cf. §1.1.1.2.) no son equivalentes⁵¹: por un lado, la noción de competencia incluye tanto a la «competencia gramatical» como a la «competencia pragmática», mientras que el término técnico «lengua-I» hace referencia tan sólo a la competencia gramatical; por otro lado, en la actuación no sólo registramos los enunciados que pueden producirse en una comunidad lingüística (la lengua-E), sino que nos encontramos también con pausas, fragmentos, falsos comienzos, anacolutos, oraciones agramaticales, etc. En tercer lugar, separar la competencia de la actuación, y centrarse en la competencia (gramatical), no quiere

⁵⁰ Cf. Chomsky (1980a: 60-61) [la traducción es nuestra].

⁵¹ Cf. Smith (1999: 37).

decir que no haya factores sistemáticos en la actuación que merezcan ser investigados (Chomsky siempre ha pensado que el estudio de la competencia gramatical debe ir acompañado de la elaboración de una teoría del uso del lenguaje que dé cuenta de la competencia pragmática de los hablantes)⁵². Finalmente, el que existan fenómenos lingüísticos que están a medio camino entre la competencia gramatical y la competencia pragmática, como las relaciones anafóricas por ejemplo, no cuestiona en absoluto la distinción que estamos comentando: nos moveríamos siempre dentro de los límites de la competencia (además, una de las tareas más interesantes para el lingüista es, precisamente, la de tratar de descubrir qué aspectos de un determinado fenómeno lingüístico pertenecen a la competencia gramatical y cuáles a la competencia pragmática, y ver cómo se complementan).

1.2.1.3. Representaciones y computaciones

La lingüística chomskiana nace dentro del ambiente intelectual creado por «la revolución cognitiva de los años 50» (cf., v.g., Chomsky, 1991a). En esa década reaparecen los postulados mentalistas y racionalistas de «la primera revolución cognitiva del siglo xviii», reforzados ahora por los incipientes pero significativos avances que se estaban produciendo en la psicología de la Gestalt, en inteligencia artificial, en neurología y en genética. Con el paso de los años, aquellas primeras propuestas han ido tomando cuerpo, se han ido refinando hasta conformar un nuevo y dinámico campo de estudio, el campo de las llamadas «ciencias cognitivas», una macrodisciplina en la que tienen cabida, entre otras, subdisciplinas como la psicología cognitiva, los estudios sobre inteligencia artificial, la lingüística de corte internista y las llamadas «neurociencias»⁵³.

⁵² Cf., v.g., Chomsky (1965: 5-6; 1980a: 235 y ss.).

⁵³ En Posner (1989) se nos ofrece una panorámica muy detallada de las distintas ciencias cognitivas. Véase, más recientemente, Lepore y Pylyshyn (1999) y Cummins y Dellarose Cummins (2000).

Estas disciplinas, tan distintas en sus objetivos, comparten dos características que las unifican. Conocemos ya la primera de ellas: al igual que en la lingüística chomskiana se prima el estudio de la competencia sobre el estudio de la actuación, en el resto de las ciencias cognitivas asistimos también a un cambio de perspectiva desde un punto de vista externista (centrado en las conductas en sí mismas) a otro internista (que realza el papel de los mecanismos mentales que subyacen a las conductas). La segunda característica común a todas las ciencias cognitivas es su concepción computacional del cerebro: la idea de que los sistemas cognitivos son, básicamente, mecanismos computacionales, es decir, conjuntos de algoritmos bien definidos que conectan determinados materiales de entrada (o «inputs») con determinados materiales de salida (o «outputs»)⁵⁴. Para Chomsky, la gramática mental de los hablantes consiste también en un conjunto de algoritmos que, en este caso, realizan cálculos sobre un número finito de unidades lingüísticas (o de conjuntos de unidades lingüísticas) para producir un número infinito de expresiones lingüísticas. Ahora bien, el computacionalismo chomskiano es de naturaleza simbólica, esto es, los distintos tipos de algoritmos (sean estos reglas, operaciones o condiciones de buena formación) operan sobre representaciones mentales, esto es, sobre conjuntos estructurados de símbolos o unidades portadoras de información⁵⁵: por poner un ejemplo sencillo, un algoritmo de la gramática mental (la operación de Ensamble del Programa Minimista; cf. §3.3.) tomaría como *input* dos representaciones lingüísticas (dos conjuntos de conjuntos de símbolos fonéticos, formales y semánticos), v.g., las unidades léxicas «este» y «libro», y produciría como *output* otra representación lingüística parcialmente distinta (el

⁵⁴ Sobre computaciones (y representaciones) en las ciencias cognitivas, consúltese Pylyshyn (1984, 1989).

⁵⁵ El término «representación» no se utiliza aquí con su acepción habitual en las teorías del significado y la referencia, según la cual una expresión lingüística «representa» un objeto del mundo. Una «representación», en las teorías computacionales, es un conjunto de unidades que contienen información de algún tipo: así, por ejemplo, «una representación fonética» no es más que un conjunto de rasgos fonéticos.

constituyente «este libro»). Una de las ventajas de los modelos computacionales simbólicos, frente a alternativas computacionales no simbólicas como la conexionista⁵⁶, es que nos permiten dar cuenta de propiedades esenciales del sistema cognitivo lingüístico, como la sistematicidad, la infinitud discreta, la recursividad o la dependencia de la estructura. De ahí que Chomsky siempre haya caracterizado las lenguas-I como modelos computacionales simbólicos.

1.2.1.4. Autonomía de la sintaxis

Al final del segundo capítulo de *Estructuras sintácticas (ES)*, hace Chomsky una de sus afirmaciones más rotundas y polémicas: «La sintaxis es autónoma e independiente del significado». Esta afirmación ha sido mal interpretada a menudo, probablemente por haber sido sacada fuera de contexto. En varios párrafos del mismo libro, Chomsky deja claro que de «la tesis de la autonomía de la sintaxis» no se sigue ni que no sea interesante investigar el significado o el uso, ni que no existan relaciones sistemáticas entre la forma lingüística y el significado o la función; en *Aspectos* reconoce además explícitamente que, en algunos casos, el significado o la función pueden condicionar la forma, como sucede con el orden lineal de los miembros de una construcción coordinada, que refleja icónicamente el orden temporal del discurso. Para comprender, en cambio, la «tesis de la autonomía» en sus justos términos, debemos situarla en el contexto en el que surge. La idea de que la sintaxis (y la forma en general) es independiente del significado (y del uso) se formula en *ES* en el marco de una discusión sobre la posibilidad de identificar nociones formales como «sujeto» u «oración gramatical» con nociones semánticas como «agente» u «oración dotada de significado». Dado, por ejemplo, que los sujetos no son siempre agentes y que pueden existir oraciones sin sentido que estén bien formadas gramaticalmente (como la ya famosa

⁵⁶ Sobre las diferencias entre los modelos de computación simbólica y los modelos conexionistas, véase, v.g., Smolensky (1994), Demonte (1995: 454, nota 7), Chomsky (1998a: 22) y Cela Conde y Marty (1998: 36).

Las ideas verdes incoloras duermen furiosamente), Chomsky llega a la conclusión de que no es posible reducir totalmente las nociones formales a nociones semánticas, de tal manera que para describir adecuadamente determinadas parcelas centrales del conocimiento lingüístico de los hablantes, resulta imprescindible disponer de nociones puramente formales.

El que la sintaxis sea autónoma no implica, por tanto, que esté aislada: es incuestionable que vínculos muy fuertes unen a la forma y al significado (o la función), y que el significado (y la función) ejercen cierta influencia sobre la forma. Lo que la tesis de la autonomía dice es, simplemente, que las gramáticas mentales contienen un conjunto de primitivos, de operaciones combinatorias y de principios que no se pueden derivar de nociones semánticas o discursivas⁵⁷. Así las cosas, en palabras del propio Chomsky (1975b: 55), «la cuestión significativa con respecto a la tesis de la autonomía puede no ser una cuestión de 'sí' o 'no', sino más bien de 'más' o 'menos', o de un modo más correcto, de 'dónde' y 'cuánto'»⁵⁸. La tesis de la autonomía de la sintaxis es, en definitiva, una cuestión empírica.

1.2.2. ADQUISICIÓN Y EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE

Nadie pone en duda hoy en día que la anatomía de un sistema corporal es, básicamente, un producto de la dotación genética. En consecuencia, el estudio de la estructura de un órgano del cuerpo está estrechamente relacionado con las investigaciones sobre su desarrollo en el individuo y su evolución en la especie. Del mismo modo, si quiere ser consecuente, el lingüista que concibe el lenguaje como un órgano de la mente no puede limitarse a describir las propiedades de las gramáticas mentales en sí mismas; debe tratar de resolver además

⁵⁷ Sobre la tesis de la autonomía de la sintaxis, véase Chomsky (1955/75: 18-21; 1957; 1975b), Botha (1989: 117 y ss.) y Newmeyer (1983: 1.3.; 1994; 1998: 23-55).

⁵⁸ Cf. Chomsky (1975b: 55).

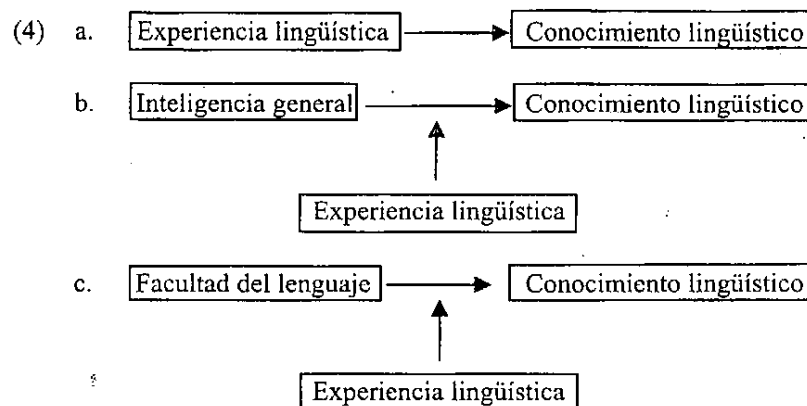
otros dos enigmas: ¿cómo adquieren los niños su lengua materna?; ¿cómo ha surgido la facultad del lenguaje en la especie? Chomsky cree que la primera de estas preguntas tiene respuesta, y la encuentra en la tradición racionalista; piensa, sin embargo, que la ausencia de pruebas directas sobre la aparición del lenguaje en el curso de la evolución hace que las respuestas a la segunda pregunta, por lo general, no pasen de ser meras especulaciones.

1.2.2.1. *El instinto del lenguaje*

Como es de sobra conocido, existen dos grandes tradiciones epistemológicas en el pensamiento occidental: para los racionalistas, la información sobre el mundo externo que percibimos a través de los sentidos activa ideas y principios innatos, que son los que, en última instancia, determinan la forma de los conocimientos adquiridos. Los empiristas, por su parte, sostienen que la estructura y el contenido de los procesos cognitivos superiores se derivan básicamente de la experiencia y que las disposiciones innatas consisten tan solo en simples procedimientos inductivos. Dado que los racionalistas atribuyen un papel relevante a la experiencia, y los empiristas reconocen que sin contar con mecanismos innatos no puede producirse aprendizaje alguno, no debería hablarse, en sentido estricto, de un enfrentamiento entre enfoques innatistas y anti-innatistas: de lo que se trata no es de defender o negar la existencia de una naturaleza humana, sino de plantear hipótesis específicas, en dominios específicos, acerca del peso relativo del ambiente y de lo innato⁵⁹. Y esto es precisamente lo que ha de hacerse también a la hora de dar cuenta de cómo adquiere un niño su lengua materna. Así, un modelo de la adquisición del lenguaje como el de (4a), en el que se prescinde de cualquier tipo de disposición innata es, simplemente, falso (ya que ni tan siquiera recogería el hecho de que el lenguaje es exclusivo de la especie), y solo nos quedaría escoger entre un modelo empirista como el representado en (4b), que introduce mecanismos innatos de «inteligencia general» pa-

⁵⁹ Cf., v.g., Chomsky (1975a: 13 y 216; 1991a: 15; 1992b: 17; 1994b: 153).

ra la formación y confirmación de hipótesis, la inducción, la analogía o la generalización, y un modelo racionalista como el de (4c), en el que desempeña un papel central una facultad del lenguaje con un contenido específico y estructurado:



El modelo racionalista de la adquisición del lenguaje de (4c) es uno de los pilares más sólidos del pensamiento lingüístico chomskiano. En el §1.1.1.1., hacíamos mención de un primer tipo de evidencia en favor de este modelo, el «argumento de la pobreza del estímulo», que reproducimos de nuevo: la contradicción que existe entre la pobreza de los datos lingüísticos a los que se ve expuesto el niño que adquiere su lengua materna y la riqueza del conocimiento lingüístico resultante se resuelve si suponemos que el niño posee una rica capacidad innata para el lenguaje. Pero no entrábamos entonces en detalles. Ahora, con el fin de poder apreciar mejor la fuerza de este argumento, quisiéramos precisar qué se entiende por «pobreza de la experiencia lingüística» en la adquisición del lenguaje⁶⁰.

⁶⁰ Sobre los distintos tipos de argumentos en favor de la existencia de una facultad del lenguaje innata, específica de la especie y ricamente estructurada véase recientemente Pinker (1994: Cap. 4), Lightfoot (1999: Cap. 3) y Jenkins (2000: Cap. 3). En Smith (1999: 169-174) se discuten los argumentos «anti-innatistas».

La experiencia lingüística del niño que está aprendiendo su lengua materna es pobre, en realidad, en tres niveles distintos: lo es por imperfecta, lo es también en tanto que limitada y lo es, incluso, porque en ocasiones ni tan siquiera existe. En primer lugar, entre los datos lingüísticos que percibe a su alrededor hay toda una serie de expresiones degeneradas (falsos comienzos, interrupciones, anacolutos, etc.) y, sin embargo, el niño, a partir de cierta edad, no suele hablar de manera fragmentaria, sino que emite sistemáticamente oraciones gramaticales completas. Este hecho pone en entredicho un modelo empirista de la adquisición del lenguaje como el de (4b), que recurre a mecanismos como la analogía y la generalización para dar cuenta de las expresiones inéditas que produce el niño que aprende su lengua materna, ya que debería explicar por qué este no generaliza a partir de las expresiones incompletas o imperfectas y solo lo hace a partir de expresiones gramaticales completas. Para un modelo como el de (4c), no existe tal problema: su dotación genética para el lenguaje le permite al niño distinguir entre oraciones y pseudo-oraciones.

En segundo lugar, los niños escuchan un número finito (i.e., limitado) de expresiones, pero son capaces de producir y comprender un número potencialmente infinito de construcciones complejas nuevas⁶¹. Ciertamente, en este caso, podría decirse, de entrada, que los niños construyen oraciones nuevas por analogía con las que ya conocen. Sin embargo, la cuestión es, de nuevo, por qué hacen ciertas generalizaciones y no otras. Ilustraremos este problema con un ejemplo:

⁶¹ Se han estudiado casos extremos de pobreza de los datos en este sentido, como el de la criollización de un pidgin por parte de unos niños en edad de aprender su lengua materna, quienes, a pesar de estar aislados de sus padres y de ser atendidos por alguien que solo les hablaba en pidgin, fueron capaces de construir una lengua gramaticalmente compleja, o el de los niños sordos hijos de padres no sordos, que, a partir del rudimentario sistema de signos que habían aprendido de sus padres, desarrollaron otro mucho más estructurado y flexible (véase Pinker, 1994: 33 y ss. y 38 y ss. y las referencias allí citadas).

- (5) a. Ana ha visto *el Rey León*.
 b. ¿*Qué película* ha visto Ana ___?
 c. [María me ha dicho [que Ana ha visto *el Rey León*]].
 d. ¿[*Qué película* te ha dicho María [que ha visto Ana ___]]?
 e. [He conocido a la niña [que ha visto *el Rey León*]].
 f. *[¿*Qué película* has conocido a la niña [que ha visto ___]]?

Entre los datos lingüísticos que oyen a su alrededor los niños que adquieren el español como lengua materna se encuentran, sin duda, oraciones interrogativas parciales como las de (5b), pero quizás no escuchan nunca otras más complejas, como la de (5d), en la que la frase interrogativa *qué película* se interpreta semánticamente como el objeto directo del verbo de la oración subordinada sustantiva. Y sin embargo, los niños producen oraciones como estas de manera espontánea. Se podría pensar, a primera vista, que lo hacen por analogía con datos como los de (5b), pero el problema está en que, si solo se emplean simples mecanismos de analogía y generalización, no hay forma de saber por qué no sobregeneralizan y producen también una oración agramatical como la de (5f), en la que la frase interrogativa cumple la función semántica de objeto en la oración de relativo que está incrustada dentro de la oración principal.

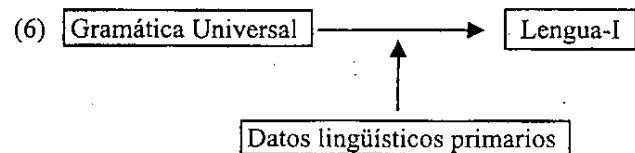
El caso más extremo y decisivo de «pobreza de la experiencia lingüística» es, finalmente, aquel en el que una parte sustancial de los datos lingüísticos primarios para la adquisición del lenguaje, simplemente, no existe: un niño de pocos años es capaz, por ejemplo, de emitir juicios de gramaticalidad sobre oraciones como (5d) y (5f) sin que se le haya instruido al respecto; es decir, sabe qué oraciones son posibles y cuáles imposibles sin disponer en su entorno lingüístico de datos negativos directos (i.e., nadie le dice al niño qué combinaciones de palabras están mal formadas en su lengua).

Por otro lado, quienes proponen un modelo racionalista de la adquisición del lenguaje como el de (4c) predicen que debería haber casos de individuos con déficits de origen genético que afecten a sus capacidades lingüísticas sin que se vean alteradas sus habilidades de

inteligencia general. Esta predicción se ha cumplido: existen, ciertamente, casos de lo que se conoce como «disfasia genética», que han sido estudiados con detalle en los últimos años (cf. §1.2.1.1.). El modelo de adquisición del lenguaje representado en (4c) recibe, de este modo, un aval independiente.

Un último tipo de argumento en favor del modelo racionalista de adquisición del lenguaje tiene que ver con ciertas características peculiares del proceso de adquisición de una lengua materna. Si se supone que el niño, en tanto que miembro de la especie, posee una capacidad lingüística innata rica, resulta mucho más fácil explicar el hecho de que un niño normal, con independencia de variaciones en los niveles de inteligencia y en el ambiente socio-cultural, adquiera una lengua: (a) sin prestar atención y sin costarle ningún esfuerzo, (b) sin que realmente se le enseñe a hablar, (c) pasando en general por unos estadios determinados, (d) en muy poco tiempo (si se compara la adquisición del lenguaje con otros aprendizajes), y (e) en un «período crítico», como sucede con otras funciones biológicas, como el desarrollo sexual⁶².

Tras haber revisado algunos de los argumentos en favor de la existencia de una facultad del lenguaje innata, veamos cómo funciona, a grandes rasgos, el modelo racionalista de la adquisición del lenguaje de (4c) en su versión chomskiana⁶³:



⁶² Hasta los seis años, el «aprendizaje» del lenguaje está garantizado; desde esta edad hasta la pubertad empieza a haber problemas serios y, a partir de la pubertad, resulta imposible adquirir aspectos centrales del conocimiento lingüístico (cf. *supra* el caso de «Genie»). En Smith (1999: 120-124) se recogen otros tipos de argumentos en favor de la existencia de un período crítico para la adquisición del lenguaje.

⁶³ Como veíamos en el §1.1.2.2., el modelo de (6) es un modelo idealizado en el que se trata la adquisición del lenguaje «como si» fuera instantánea.

El estadio final del proceso es una lengua-I, esto es, un sistema cognitivo lingüístico, un estado (relativamente) estable de la mente-cerebro de un individuo, que consiste, básicamente, como ya sabemos, en la realización de cómputos sobre representaciones lingüísticas. El estadio inicial, la Gramática Universal, forma parte del genotipo, y está compuesta por un conjunto de primitivos, operaciones y principios universales que imponen restricciones sobre las lenguas-I (esto es, que determinan qué lenguas-I son posibles y cuáles no lo son). Los «datos lingüísticos primarios», la limitada, y un tanto caótica, experiencia lingüística del niño, completa este «tripleto analítico» (cf. Lightfoot, 1999). De este modo, un niño en edad de adquirir su lengua materna que oye hablar español a su alrededor por ejemplo, con la contribución de su capacidad innata para el lenguaje, acaba sabiendo español. Ahora bien, el peso relativo de la experiencia y de las disposiciones innatas en este proceso no es el mismo. Como nos enseñan los casos de «niños salvajes», la presencia de datos lingüísticos primarios en el entorno del niño en edad de adquirir su lengua materna resulta imprescindible. Sin embargo, la experiencia lingüística no produce el conocimiento lingüístico final, sino que se limita a actuar como un detonante que activa las disposiciones innatas para el lenguaje. En este sentido, el «órgano del lenguaje» no se distingue de otros órganos: necesitamos tener experiencias visuales, por ejemplo, para poner en funcionamiento las estructuras neuronales de la visión (si un niño creciera en total oscuridad no podría ver), pero no «aprendemos» a ver en colores o en tres dimensiones. Tampoco «aprendemos», en realidad, a hablar: en palabras del propio Chomsky, «la lengua del niño *crece en la mente*» al igual que el sistema visual *desarrolla* la capacidad de visión binocular o el niño pasa por la etapa de la pubertad en cierto estadio de maduración. La adquisición del lenguaje es algo que *le sucede* a un niño en un contexto determinado, no es algo que el niño *haga*»⁶⁴.

⁶⁴ Cf. Chomsky (1994c: 29) [la traducción y las cursivas son nuestras]. Son ideas como estas las que Pinker (1994) tiene en mente cuando afirma que el lenguaje es un

1.2.2.2. El lenguaje como exaptación evolutiva

En 1866, la Société de Linguistique de París promulgó unas ordenanzas por las que se prohibía toda discusión sobre el origen del lenguaje. Chomsky no comparte una actitud tan coercitiva y radical (cree que se trata, al fin y al cabo, de un «problema» que quizás se solucione algún día), pero, en las ocasiones en que se ocupa de esta cuestión en sus escritos, insiste siempre en que es poco lo que realmente se sabe con certeza acerca de cómo surgió la facultad del lenguaje en la especie⁶⁵. En cualquier caso, lo que sí está claro, para Chomsky, es que una propuesta sobre el origen del lenguaje no puede pasar por alto dos hechos fundamentales: en primer lugar, el lenguaje humano tiene propiedades definitorias, como la infinitud discreta, que no se encuentran, ni tan siquiera en un estadio incipiente, en ningún sistema de comunicación animal; en segundo lugar, el lenguaje es, en parte, «disfuncional»⁶⁶, ya que ni se usa todo lo que se puede generar, ni se genera todo lo que se podría usar, como muestran construcciones como las de (3d) y (5f), que reproducimos de nuevo en (7a) y (7b), respectivamente. Por un lado, los mecanismos que hacen posible la infinitud discreta generan también oraciones que *no* se pueden usar, como la de (7a), con «recursividad en el centro»; por otro, ciertas restricciones combinatorias específicas del lenguaje bloquean la aparición de expresiones que *sí* podrían ser usadas (esto es, producidas o comprendidas), como la de (7b):

«instinto» para los seres humanos, como lo es, por ejemplo, tejer sus telas para las arañas. Con esta afirmación, sin duda provocativa, se quiere cargar las tintas sobre el hecho de que el niño esté programado genéticamente para «desarrollar» una lengua en su mente.

⁶⁵ Sobre las ideas de Chomsky con respecto al origen del lenguaje, véanse Chomsky (1968: 119 y ss.; 1975a: 58-59; 1982a: 22-23; 1988: 166-170; 1991b: 50; 1995b: 54-56; 1999b: 138 y ss.). Cf. también Piattelli-Palmarini (1979: 63-64) y Hauser, Chomsky y Fitch (2002).

⁶⁶ Cf. Lightfoot (1999: Cap. 9).

- (7) a. #El queso [que el ratón [al que perseguía el gato] estuvo royendo] estaba duro.
 b. *[¿Qué película has conocido a la niña [que ha visto __?]]
 (cf. He conocido a la niña que ha visto el *Rey León*.)

Estos hechos, piensa Chomsky, son especialmente problemáticos para las teorías gradualistas y adaptacionistas del origen del lenguaje, según las cuales los sistemas de comunicación más primitivos fueron ganando paulativamente en complejidad a medida que se producían sucesivas mutaciones cuyos resultados aumentaban las posibilidades de supervivencia de la especie. Debería pensarse, por tanto, en una propuesta alternativa que explicara no solo que el lenguaje humano presenta evidentes ventajas adaptativas, sino también que es un fenómeno cualitativamente distinto en relación con los sistemas de comunicación de los animales, y (parcialmente) disfuncional. Pero, para ello, resulta imprescindible adoptar un punto de vista «pluralista» con respecto a la evolución del lenguaje; es decir, se debe utilizar otros instrumentos de análisis, además de la mera combinación clásica de las mutaciones al azar y la selección natural⁶⁷. En concreto, en opinión de Chomsky, para dar cuenta de la evolución del lenguaje se puede hacer uso de dos ideas que han sido muy fructíferas a la hora de esclarecer otros aspectos de la evolución. La primera de ellas consiste en suponer que leyes físicas independientes de la selección natural, como las que regulan las relaciones entre el peso y la estructura en todos los seres vivos, por ejemplo, imponen límites al cambio evolutivo, o provocan, incluso, la aparición de determinados rasgos sin valor adaptativo alguno (como es el caso de ciertas formas geométricas que se repiten en multitud de organismos no relacionados). La segunda idea es que, junto a las adaptaciones que se producen con el fin

⁶⁷ Discontinuidismo y pluralismo parecen ir necesariamente de la mano en la teorías sobre la evolución de las especies. En Roselló y Solà (1998: 23 y ss.) puede encontrarse una interesante discusión sobre las concepciones gradualistas y discontinuistas en la teoría de la evolución (del lenguaje). Lightfoot (1999: Cap. 9) analiza los pros y los contras de los enfoques singularistas y pluralistas de la evolución (del lenguaje).

inmediato de desempeñar cierta función, pueden darse también en el curso de la evolución «adaptaciones secundarias» (o «exaptaciones»)⁶⁸, esto es, casos en los que una característica física de un organismo, que se desarrolló en un principio para satisfacer determinadas necesidades, acaba sirviendo para algo bien distinto, como sucedió con las alas de los insectos, que inicialmente funcionaban como termorreguladores y que, una vez alcanzado un tamaño suficiente, se emplearon finalmente para volar.

Conjugando todos estos factores —mutaciones al azar, selección natural, leyes físicas y exaptaciones evolutivas—, se puede obtener una imagen más ajustada de cómo pudo haber surgido la facultad del lenguaje en la especie. El proceso sería, aproximadamente, este⁶⁹: supongamos que, en un punto determinado de nuestra historia evolutiva, el cerebro, por razones que se nos escapan (quizás a causa de una mutación), aumentó considerablemente de tamaño, y que esta transformación tuvo claras ventajas, todavía no relacionadas con el lenguaje, de manera que superó con éxito el filtro de la selección natural. Supongamos, además, que este aumento de las dimensiones del cerebro trajo consigo la creación de determinadas condiciones físicas (totalmente desconocidas para nosotros hoy en día), que provocaron la aparición de propiedades inéditas, como la productividad o infinitud discreta, esto es, la capacidad de combinar un número finito de símbolos discretos de manera (potencialmente) infinita. En esta primera fase, por lo tanto, la propiedad de la infinitud discreta no estaría vinculada con el lenguaje, sino que podría estar relacionada con la resolución de otros problemas computacionales, como la cuantificación numérica. Más adelante, como consecuencia probablemente de nuevas mutaciones al azar, el cerebro creció más aún, y la propiedad de la infinitud discreta pasó a utilizarse para pensar, hablar sobre el mundo y comu-

⁶⁸ Cf. Gould (1991). Sobre el lenguaje como exaptación evolutiva, véase Roselló y Solà (1998: 23 y ss.) y Uriagerck (1998: 48 y ss.).

⁶⁹ Creemos que es esta una reconstrucción fiel de las, por lo general, dispersas ideas de Chomsky sobre el origen de la facultad del lenguaje en la especie (véanse las referencias de la nota 65 y Jenkins, 2000: Cap. 5).

nicarnos: un cambio, sin duda, beneficioso para la perpetuación de la especie. El lenguaje humano, en conclusión, sería esencialmente un caso de adaptación secundaria de propiedades combinatorias como la infinitud discreta, unas propiedades que habrían surgido, a su vez, como un subproducto de las peculiares condiciones físicas producidas por un crecimiento «explosivo» del cerebro. De esta manera, todas las piezas del rompecabezas de la evolución del lenguaje parecen encajar en su sitio: el lenguaje es un fenómeno cualitativamente distinto dado que «emerge» como resultado de una alteración abrupta y sustancial en el tamaño y la composición del cerebro; es, además, parcialmente disfuncional porque algunas de sus características más importantes, como la propiedad de la infinitud discreta, quizás no tuvieran valor adaptativo alguno en un primer momento; y resulta, por último, especialmente adecuado para la comunicación y la expresión del pensamiento como consecuencia de que la selección natural favoreciera este último paso en el proceso evolutivo.

1.2.3. EL USO DEL LENGUAJE

Cuando se investigan las propiedades de un órgano del cuerpo, no basta con examinar su estructura y describir su desarrollo. Junto con la anatomía y la ontogénesis de un órgano, se estudia también su fisiología, esto es, la manera en que interacciona con otros órganos y actúa sobre el mundo. Igualmente, fiel a su concepción internista del lenguaje, Chomsky siempre ha dicho, como ya hemos apuntado⁷⁰, que las teorías que dan cuenta del contenido y la adquisición de la competencia gramatical de los hablantes deben integrarse dentro de una teoría general del lenguaje que incluya, además, una teoría del uso lingüístico en situaciones concretas. Ahora bien, no debe olvidarse

⁷⁰ Véanse los subapartados *Competencia y actuación* (§1.2.1.2.) y *Autonomía de la sintaxis* (§1.2.1.4.).

se que, para la lingüística chomskiana, el estudio de la competencia gramatical (i.e., de las gramáticas mentales o lenguas-1) tiene precedencia lógica sobre el estudio de la actuación: la competencia es autónoma (los hablantes saben una lengua con independencia de que la usen o no); la actuación, en cambio, necesita de la competencia (nadie puede usar una lengua que no sabe). La constatación de esta asimetría entre «saber una lengua» y «usar una lengua» explica, en cierta medida, que los lingüistas que trabajan en el seno de esta corriente se hayan centrado prioritariamente en el análisis de la forma y la adquisición del conocimiento gramatical de los hablantes y hayan relegado a un segundo plano el estudio del uso lingüístico. Chomsky comparte, claro está, la tendencia general de los lingüistas de su escuela, y no acostumbra a formular propuestas específicas en lo que al uso del lenguaje respecta, sino que se limita más bien a plantear cuestiones programáticas, en particular acerca del alcance y los límites de las investigaciones sobre el uso del lenguaje desde un punto de vista naturalista.

Es incuestionable hoy en día que el ser humano, como el resto de los seres vivos, está genéticamente programado para poder percibir e interpretar tan solo determinados aspectos del mundo, hasta el punto de que el acceso a muchos otros quizás le esté vedado para siempre. Con esta concepción limitacionista de las capacidades perceptivas y cognitivas de las especies como telón de fondo, Chomsky establece a menudo una distinción entre «problemas» y «misterios» —es decir, entre las parcelas de la realidad que quedan dentro del espacio cognitivo de un organismo y las que sobrepasan sus límites epistémicos—, y afirma que algunos aspectos del uso del lenguaje son problemas que pueden ser solucionados de manera racional, mientras que otros constituyen misterios imposibles de desvelar para los seres humanos, al menos si se utilizan la lógica y los procedimientos con que las ciencias naturales estudian el mundo⁷¹. Un «problema» del uso del len-

⁷¹ Cf., v.g., Chomsky (1975: Cap. 4; 1986a: 25; 1991b: 40-41; 1994c: 44-46; 1995b: 2, 20 y 27).

guaje sería por ejemplo, para Chomsky, el funcionamiento de los mecanismos articulatorios y perceptivos que entran en juego en la actuación lingüística, incluido el de los «analizadores» sintácticos (*parsers*) que emplean los individuos para asignar descripciones estructurales a las expresiones lingüísticas que perciben, es decir, para identificar las relaciones jerárquicas que establecen entre sí las unidades léxicas que las componen. Sin embargo, las cosas se complican sobremanera cuando de lo que se trata es del papel que desempeñan los sistemas conceptuales e intencionales en las interacciones en tiempo real. En opinión de Chomsky, tal vez no puedan estudiarse nunca desde una perspectiva naturalista algunos aspectos de esta faceta del lenguaje, en concreto, el hecho de que los hablantes sean capaces de producir y entender expresiones inéditas que no responden a los estímulos externos o internos, pero que resultan perfectamente apropiadas y coherentes en el contexto en el que se emiten. Sobre este asunto (i.e., sobre el aspecto creativo del uso corriente del lenguaje), al igual que sobre las acciones libres, las elecciones o las intenciones en general, lo único que habría hasta la fecha serían descripciones impresionistas, ilustraciones de casos concretos y generalizaciones más o menos imprecisas, pero no hipótesis que revelen principios explicativos, que predigan la existencia de fenómenos nuevos y que sean lo suficientemente explícitas como para poder ser falsadas. Esta situación, se atreve a vaticinar Chomsky, podría no cambiar sustancialmente nunca.

1.2.4. LENGUAJE Y MATERIA

El estudio de un órgano del cuerpo se completa con el descubrimiento de los procesos bioquímicos y los mecanismos físicos que determinan su estructura y su funcionamiento. Asimismo, quienes conciben el lenguaje como un órgano mental se interesan por sus fundamentos biológicos y físico-químicos, pero al hacerlo, se enfrentan inevitablemente a un problema añadido sobre el que han de pronun-

ciarse, el llamado «problema mente-cuerpo»⁷²: ¿cuál es la verdadera naturaleza de los estados y de los procesos mentales?, ¿cómo se relacionan con el mundo físico?, ¿qué relación guardan, en concreto, las teorías computacionales y las teorías biológicas o físicas de las capacidades cognitivas?

Ya en *El lenguaje y el entendimiento* (1968), deja entrever Chomsky cuáles son sus ideas fundamentales con respecto a las relaciones entre las teorías computacionales y las teorías neurológicas del lenguaje, unas ideas que irá perfilando en algunos de sus trabajos de las dos últimas décadas⁷³:

Podemos estar bastante seguros de que habrá una explicación física para los fenómenos en cuestión... sin duda el concepto de 'explicación física' será ampliado de modo que en el mismo quepa todo lo que se descubra en ese campo... Pero parece evidente que esa cuestión no tiene por qué retrasar el estudio de los temas que están ahora abiertos a la investigación y parece fútil especular sobre asuntos que quedan tan lejos de lo que actualmente está a nuestro alcance entender⁷⁴.

Como se desprende de la lectura de este texto, y de otros más recientes, la postura de Chomsky ante el problema mente-cuerpo es, ante todo, inequívocamente materialista: los estados y procesos mentales serían estados y procesos físicos de una complejidad extrema y no, como sostienen los dualistas, fenómenos de naturaleza esencialmente no física⁷⁵. Pero el materialismo chomskiano no es «metafisi-

⁷² Churchland (1988) es una excelente introducción al debate entre dualismo y materialismo.

⁷³ Cf., v.g., Chomsky (1986a: 38; 1988: 3-7, 145-146; 1992c: 94 y ss.; 1994b; 1994c: 37 y ss.; 1995b: 1-12, 34-38; 1997: 7-8; 1998c: 20). Véase también los artículos incluidos en Antony y Hornstein (eds.) (2003) y los comentarios de Chomsky al respecto en este mismo volumen.

⁷⁴ Cf. Chomsky (1968: 162).

⁷⁵ Chomsky critica tanto el dualismo sustancial cartesiano (véase la nota 20) como formas más recientes de dualismo, v.g., el que subyace a teorías computacionales de la mente estrictas, no biológicas, como la de Block (1990).

co», no exige que las unidades y los principios de la teoría lingüística se tengan que definir en términos de las unidades y los principios de la biología o de la física, ni mucho menos predice que vayan, simplemente, a desaparecer. Una de las razones por las que Chomsky rechaza tanto el materialismo reduccionista⁷⁶ como el eliminacionista⁷⁷ es que ninguna de estas dos versiones del materialismo metafísico tendría sentido en principio, ya que, desde la revolución newtoniana, no sabemos exactamente en qué consiste la materia. Para Descartes, un objeto material tiene longitud, anchura y altura y ocupa una posición en el espacio. Sin embargo, desde el momento en que Newton demuestra la existencia de acciones a distancia, la mecánica de contacto cartesiana queda superada, y desde entonces nadie ha podido definir con precisión qué es la materia (se considera, por ejemplo, que los electrones son materia aunque no tengan dimensiones ni estén situados en un punto del espacio). En consecuencia, el problema mente-cuerpo, llega a afirmar Chomsky, no podría ni tan siquiera formularse hoy por hoy, y no porque desconozcamos cómo funciona la mente, sino, paradójicamente, porque carecemos de un concepto preciso de «cuerpo»⁷⁸.

Con independencia de estas reflexiones sobre la ontología de lo físico y lo mental, Chomsky apela a la historia de la ciencia para mostrar que existen alternativas (también materialistas) al reduccionismo y al eliminacionismo. La historia de las ciencias naturales nos enseña que el solapamiento entre dos ciencias no siempre se ha resuelto reduciendo la ciencia de más alto nivel a la de más bajo nivel; ha habido también expansiones y reorganizaciones. En los años treinta, por ejemplo, se produjo la unificación de la química y de la física, y no la reducción de la primera a la segunda, un proceso que solo fue posible gracias a que la física había sido modificada previamente. Aunque

⁷⁶ Cf., v.g., Lewis (1994).

⁷⁷ Cf., v.g., Quine (1992).

⁷⁸ Cf. Chomsky (1988: 145-146; 1995b: 5). Véase también Uriagereka (1998: 55 y ss.).

aún es demasiado pronto para hablar del asunto con un mínimo de rigor, Chomsky cree que algo semejante podría ocurrir en el caso de las teorías sobre las capacidades cognitivas (incluido el lenguaje) y la genética o las ciencias del cerebro: quizás unas y otras se unifiquen algún día, aunque, para ello, la noción de «cuerpo físico» deberá ser ampliada, como ha ocurrido en el pasado, con el fin de incorporar entidades y principios nuevos. El materialismo chomskiano es, por tanto, «unificacionista».

A las lecciones de la historia de la ciencia, y a la imposibilidad de formular el problema mente-cuerpo con precisión, debe añadirse, en palabras de Ernest Nagel⁷⁹, que «no debe olvidarse la posibilidad de que pueda ganarse poco conocimiento..., y hasta que no pueda ganarse nada, de la reducción de una ciencia a otra en ciertos periodos de su desarrollo, por grandes que sean las ventajas potenciales de tal reducción en un periodo posterior». Chomsky comparte las reservas de Nagel con respecto al reduccionismo apriorístico entre dos ciencias y las extiende a las relaciones entre las teorías computacionales y las teorías neurológicas del lenguaje. En su opinión, no parece ser este el mejor momento para reducir las nociones y los principios de la teoría del lenguaje a nociones y principios propios de la genética o de las ciencias del cerebro, dado que tenemos buenas teorías computacionales mientras que las investigaciones en neurolingüística y en genética del lenguaje, además de estar guiadas por nociones lingüísticas, no nos ofrecen resultados tan sólidos. Por lo tanto, como sucedió con la química antes de la aparición de la física de partículas, estudiar el lenguaje (y el resto de las capacidades cognitivas) de manera independiente resulta metodológicamente útil en el estado actual de nuestros conocimientos. Chomsky es, en definitiva, un claro defensor de la autonomía (estratégica) de la lingüística.

⁷⁹ Cf. Nagel (1961: 332).

1.3. LA EVOLUCIÓN DE LA LINGÜÍSTICA CHOMSKIANA

En las páginas que preceden hemos revisado las ideas básicas, e invariables, de Chomsky con respecto a las cuestiones de las que se ocupa una teoría del lenguaje internista y naturalista. Como se deduce de lo allí expuesto, de entre estas cuestiones, este lingüista siempre ha dado preferencia al estudio de la competencia gramatical de los individuos y de la facultad del lenguaje, hasta tal punto que la historia de la lingüística chomskiana desde *LSLT* hasta el Programa Minimista es, en esencia, la crónica de las propuestas que se han ido formulando a lo largo de los años con el fin de describir de manera explícita y adecuada las propiedades de la Gramática Universal y de las gramáticas mentales de los hablantes. Para muchos, se trata de una historia azarosa, sin norte, en la que hipótesis y modelos cambian de un día para otro⁸⁰. Sin embargo, el panorama es bien distinto cuando se contempla la evolución de la lingüística chomskiana con la perspectiva privilegiada que nos ofrece el paso del tiempo. Salta entonces a la vista que los modelos teóricos han sido muy pocos en realidad, y que tales modelos ni han sido elaborados, ni se han modificado, ni han sido, en su caso, reemplazados, caprichosamente⁸¹:

⁸⁰ Quizás porque no se distinguen la evolución de la «lingüística chomskiana» y la evolución de la «Gramática Generativa» en su conjunto. Recuérdese que en este libro nos ocupamos tan sólo de la «lingüística chomskiana» (véase la Presentación). Con respecto a la historia de la Gramática Generativa desde mediados de la década de los 50 hasta finales de la década de los 80, véase Newmeyer (1991) y la reciente réplica de McCawley (1999).

⁸¹ Este esquema recoge las ideas expuestas por el propio Chomsky sobre la evolución de la lingüística chomskiana en *El programa minimista* (cf. Chomsky, 1995a: 3-9). En el esquema se incluye una referencia a los libros de Chomsky más representativos, a nuestro entender, de cada una de las etapas de la historia de la lingüística chomskiana: *Aspects of the Theory of Syntax* (1965), *Reflections on Language* (1975), *Knowledge of Language* (1986) y *The Minimalist Program* (1995).

son interpretadas semánticamente. En lo que respecta a la adquisición del lenguaje, por último, en la Teoría Estándar se piensa que adquirir una lengua materna consiste en «aprender» un conjunto de reglas (de estructura sintagmática y transformacionales), un proceso que está sujeto, eso sí, a ciertas limitaciones de carácter universal sobre los tipos de reglas posibles y, notacionalmente, más simples.

Sin embargo, caracterizar las propiedades de las gramáticas mentales por medio de reglas, aunque nos permita obtener gramáticas descriptivamente adecuadas, constituye en realidad un obstáculo para resolver el problema lógico de la adquisición del lenguaje. Dicho en otras palabras, las gramáticas que hacen uso de un formato reglar no serían «explicativamente adecuadas»⁸⁵, y la razón es que la adquisición del lenguaje, en las condiciones en las que se produce (i.e., en un período extremadamente corto de tiempo y a partir de datos limitados, un tanto caóticos e incluso inexistentes), difícilmente puede consistir en el aprendizaje de un conjunto de reglas, ya que estas, además de ser excesivamente numerosas, están vinculadas a construcciones particulares y pertenecen, por lo general, a lenguas concretas, a lo cual debe añadirse que el contenido expresado en las reglas es, en buena medida, redundante con respecto a las propiedades que deben ser especificadas independientemente en las entradas léxicas y que los requisitos para su aplicación suelen coincidir con los de otras reglas en apariencia muy distintas. Con el propósito de corregir, al menos en parte, esta situación, a finales de los sesenta y en la década de los se-

⁸⁵ «Describir correctamente la competencia intrínseca del hablante nativo idealizado» y «construir una teoría de la adquisición del lenguaje» (cf. Chomsky, 1965: 25-27), esto es, diseñar gramáticas que sean a la vez «descriptiva y explicativamente adecuadas», han sido siempre los dos grandes objetivos de la lingüística chomskiana, unos objetivos que, como exponemos en el texto, entran en conflicto a menudo. Nótese, por otra parte, que el término «explicación» se utiliza aquí con un sentido técnico que no coincide con el que habitualmente tiene en filosofía de la ciencia (cf., v.g., Bakker y Clark, 1988). Así, una gramática «explicativa» (que capte generalizaciones entre los datos, por ejemplo) puede ser «explicativamente inadecuada», si su diseño no nos ayuda a resolver el problema lógico de la adquisición del lenguaje.

tenta se estudian las propiedades de una serie de restricciones que afectan a las reglas en su conjunto, como los axiomas de la Teoría de la X con Barra para las reglas de estructura sintagmática o las condiciones de «localidad» para las reglas transformacionales de movimiento, como la Condición de Subyacencia. Estas restricciones no se formulan como condiciones de aplicación en todas y cada una de las reglas, sino que se atribuyen a la Gramática Universal. Con ello, se da un primer paso en la búsqueda de una solución satisfactoria para la versión lingüística del «problema de Platón» y se ponen las bases para que se puedan hacer propuestas aún más radicales, como las que se plantearán en el modelo de los Principios y los Parámetros.

El modelo reglar de la Teoría Estándar, en contra de lo pudiera pensarse, comparte muchos de los supuestos comúnmente aceptados a lo largo de la historia de la lingüística occidental. En comparación con otras escuelas, se trata ciertamente de un modelo mentalista que emplea mecanismos más elaborados y rigurosos, pero sin embargo, buena parte de los fenómenos gramaticales de los que se trata de dar cuenta por medio de las reglas de estructura sintagmática y de las reglas transformacionales han sido estudiados también tanto por la gramática tradicional como por el estructuralismo norteamericano por ejemplo; y además, ambos tipos de reglas caracterizan de manera explícita las propiedades de construcciones sintácticas (pasivas, interrogativas, oraciones de relativo, etc.), a las que se considera, como en toda la tradición gramatical, unidades de análisis con entidad propia. La siguiente propuesta teórica chomskiana, la Teoría de los Principios y los Parámetros, rompe, en cambio, radicalmente con el pasado, ya que no solo se desmantelan las reglas, sino que se prescinde también de la noción misma de «construcción» en tanto que primitivo de la teoría gramatical: las construcciones serían meros epifenómenos, y el (redundante) contenido expresado en las reglas se descompone, completando así la tarea que se había iniciado en la etapa de la Teoría Estándar Ampliada, y o bien se especifica como parte de las matrices de rasgos de las entradas léxicas, o bien se incluye en la formulación de nuevas restricciones de naturaleza universal. Las reglas, por tanto,

desaparecen, y el conocimiento gramatical de los individuos se caracteriza ahora, básicamente, como la interacción de las propiedades (categoriales, de subcategorización, de selección semántica, etc.) que las unidades léxicas proyectan en la sintaxis con principios de distinto tipo que imponen restricciones de buena formación sobre las representaciones lingüísticas. Esta manera de concebir el conocimiento gramatical de los individuos hace posible que se pueda vislumbrar una solución plausible para el problema lógico de la adquisición del lenguaje por primera vez en la historia de la lingüística chomskiana: el niño que aprende su lengua materna conocería de antemano, como parte de su dotación genética, ciertos principios universales que regulan la combinatoria de las palabras; y el niño se limitaría, por tanto, a aprender unidades léxicas y a elegir, a partir tan solo de un reducido número de datos lingüísticos, uno de los valores de cada uno de los parámetros (u opciones abiertas) de la GU, con implicaciones en distintas parcelas de la gramática, un hecho este último que explicaría, entre otros factores, que el proceso de adquisición de una lengua materna sea tan rápido.

En el Programa Minimista se mantienen las ideas de la Teoría de los Principios y los Parámetros que acabamos de exponer sobre la adquisición del lenguaje y sobre la manera de caracterizar el conocimiento gramatical de los individuos, pero se formulan dos preguntas, la primera de ellas inédita, que obligan a repensar buena parte de las propuestas anteriores y que encauzan las investigaciones en una nueva dirección: (a) ¿hasta qué punto está bien diseñado el lenguaje en tanto que sistema computacional que entra en contacto con otros sistemas de la mente? y (b) ¿hasta qué punto podemos dar cuenta de las propiedades de las gramáticas mentales y de la facultad del lenguaje utilizando el mínimo aparato descriptivo y teórico posible? Como veremos, para el Programa Minimista existen dos tipos de «condiciones de buen diseño»: las condiciones de buen diseño interno que reducen la complejidad computacional del sistema y las condiciones de buen diseño externo o «condiciones de legibilidad», que son empíricamente ineludibles y que se derivan del hecho de que los sistemas de ac-

tuación (articulatorio-perceptivo e intencional-conceptual) tienen que poder «leer» (o interpretar) la información contenida en las representaciones generadas por el sistema cognitivo lingüístico. El objetivo último del Programa Minimista será, por tanto, reducir al máximo las unidades, los niveles, las operaciones y los principios de la teoría lingüística, esto es, postular la existencia, tan solo, de unidades, niveles, operaciones y principios que respondan a condiciones de buen diseño (o sean conceptualmente necesarios).

Contada a grandes rasgos, esta es la historia de los cambios más significativos que se han producido en la lingüística chomskiana en lo que respecta a la caracterización del conocimiento gramatical de los individuos y de la facultad del lenguaje, una historia que, como ya adelantábamos en las primeras páginas de este capítulo, resulta ser extremadamente coherente si se tiene en cuenta cuál es el «centro firme» sobre el que se asienta el programa de investigación chomskiano: la adopción de un enfoque internista y naturalista en el estudio de las lenguas y del lenguaje. El paso del modelo de la Teoría Estándar al modelo de los Principios y los Parámetros puede así entenderse perfectamente como una consecuencia lógica del internismo naturalista chomskiano: en semejanza a lo que ocurre con el estudio de los órganos del cuerpo, si se concibe el lenguaje como un órgano mental, nos debe interesar también cómo se desarrolla dicho órgano, ya que de ello depende que describamos adecuadamente sus propiedades. Buscar una solución para el problema lógico de la adquisición del lenguaje es precisamente el objetivo último de la Teoría de los Principios y los Parámetros, y la solución que se propone sigue una lógica inequívocamente naturalista: eliminar redundancias y descubrir principios, simplificar, en definitiva, los primitivos y los mecanismos de la teoría lingüística. El Programa Minimista va aún más allá en esta misma dirección: se plantea una nueva pregunta de corte internista (¿cómo influye en el diseño del sistema cognitivo lingüístico el hecho de que el órgano mental del lenguaje deba entrar en contacto con los sistemas de actuación de la mente?), y aplica sistemáticamente la navaja de Occam hasta sus últimas consecuencias. La historia de la lin-

güística chomskiana puede entenderse, en conclusión, como «una progresión hacia el hallazgo de la mejor teoría, la más sencilla y elegante, y, sobre todo, la más realista»⁸⁶, como una sucesión de hipótesis y modelos en los que se ha ido profundizando en un enfoque internista del lenguaje y se ha ido poniendo un énfasis cada vez mayor en la utilización del criterio de simplicidad, criterio que, a su vez, es inherente a una concepción naturalista del lenguaje.

⁸⁶ Cf. Demonte (1999: xiii). Véase también Demonte (1995).

CAPÍTULO 2

DE LOS SISTEMAS DE REGLAS A LOS PRINCIPIOS Y LOS PARÁMETROS

2.1. LA TEORÍA ESTÁNDAR

Como decíamos en el capítulo anterior, los trabajos de la primera etapa de la lingüística chomskiana tienen como objetivo prioritario elaborar gramáticas que describan adecuadamente la competencia gramatical de los hablantes, gramáticas que deben contar, en concreto, con mecanismos que nos permitan dar cuenta de la «propiedad de la infinitud discreta» (esto es, del hecho de que se pueda crear un número potencialmente infinito de expresiones lingüísticas inéditas a partir de un número finito de unidades). Decíamos entonces también que, en esta primera etapa, la propiedad de la infinitud discreta, y el resto de las propiedades combinatorias de las lenguas humanas, se expresan, básicamente, mediante sistemas de reglas. En este apartado, expondremos con más detalle las propuestas de la Teoría Estándar en lo que respecta tanto al formato con el que se caracteriza el conocimiento gramatical de los individuos, como al modelo de gramática y a la teoría de la adquisición del lenguaje. Con el fin de no desviar la atención del lector, nos centraremos en las ideas que Chomsky desarrolla en la que es, sin lugar a dudas, la obra más representativa de la Teoría